

CABALLERÍA Y GUERRA EN LA EDAD MEDIA CASTELLANO-LEONESA: EL LIBRO DEL CABALLERO ZIFAR Y SU CONTEXTO*

A Ana

DAVID PORRINAS GONZÁLEZ
Becario de la Fundación Caja Madrid
Universidad de Extremadura

«E el que mejor fazia esto entrellos todos era el infante Ro-boan, quando los començaba; ca este era el mejor acostumbra-do cauallero mancebo que ome en el mundo sopiese; ca era mucho apuesto en sy, e de muy buen donario e de muy buena palabra e de buen resçebir, e jugador de tablas e de axadres, e muy buen caçador de toda aue mejor que otro ome, dezidor de buenos retrayres, de guisa que quando yua camino todos auian sabor de le aconpañar por oyr lo que dezia, partididor de su auer muy francamente ally do conuenia, verdadero en su palabra, sabidor en los fechos, de dar buen consejo quando gelo deman-dauan, non atreuiendo mucho en su seso quando consejo de otro ouiese mester, buen cauallero de sus armas con esfuerço e non con atreuimiento, onrrador de dueñas e de doncellas. Bien dize el cuento que si ome quisiese contar todas las buenas cos-tumbres e los bienes que eran en este cauallero que non lo po-dria escreuir todo en vn día»¹.

* La elaboración de este trabajo no hubiera sido posible sin el disfrute de una Beca Pre-doctoral concedida por la Fundación Caja Madrid. Vaya por delante mi más sincera gratitud.

¹ *Libro del Caballero Zifar*, edición de Cristina González, 4ª ed. (1ª. ed. de 1983), Madrid, Cátedra, 2001, p. 354. En el momento de abordar este análisis no hemos encontrado una edición actual del LCZ. Esta que manejamos está un tanto necesitada de actualización, de índices, glosario y un estudio introductorio y bibliográfico que recoja las últimas aportacio-nes. Una edición más reciente es la de CACHO BLECUA, Juan Manuel, *Edición crítica del «Libro del Cauallero Zifar»*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense, 1993, publicada en microfichas en 1995, que por su naturaleza resulta difícil de consultar.

El estudio de la caballería en la Edad Media plantea numerosos problemas al historiador, por tratarse de un fenómeno complejo, difícil de definir y de analizar². La mitificación a la que fue sometida desde el mismo medievo contribuye, sin duda, a ahondar en esas dificultades, y por ello se hace necesario un examen atento de las fuentes para comprenderla en sus múltiples facetas. El *Libro del Caballero Zifar* —LCZ en adelante— es una composición que nos permite acercarnos a lo que se entendía por «caballería» en Castilla a finales del siglo XIII y comienzos del XIV³, así como aspectos significativos de su tan definitoria vertiente

² La bibliografía sobre la caballería medieval es abundante, especialmente para Francia, aunque sigue existiendo una considerable carencia de estudios sobre los reinos de Castilla y León de la Plena Edad Media. Pueden consultarse, entre otros, los siguientes títulos: VAN LUYN, P., «Les milites dans la France du XI^e siècle. Examen des sources narratives», en *Le Moyen Age*, 1971, pp. 5-50 y pp. 193-238; PÉREZ DE TUDELA VELASCO, M.^a Isabel, *Infanzones y caballeros. Su proyección en la esfera nobiliaria castellano-leonesa (siglos IX-XIII)*, Madrid, 1979; BUMKE, Joachim, *The Concept of Knighthood in the Middle Ages*, Nueva York, 1982; DUBY, Georges, «Los orígenes de la caballería», en *Hombres y Estructuras en la Edad Media*, Barcelona, 1978, pp. 209-228; BARBER, Richard, *The Knight and Chivalry*, Woodbridge, 1985; KEEN, Maurice, *La caballería*, Barcelona, 1986; FLORI, Jean, *L'essor de la chevalerie, XI^e-XII^e siècle*, Ginebra, 1986; IDEM, *Caballeros y caballería en la Edad Media*, Barcelona, 2001; IDEM, *Ricardo Corazón de León. El rey cruzado*, Barcelona, 2002, esp. pp. 287-466; BARTHELEMY, Dominique, «Qu'est-ce que la chevalerie, en France aux X^e et XI^e siècles?», en *Revue Historique*, 587 (juillet-septembre 1993), pp. 15-74; BOUCHARD, Constance Brittain, «*Strong of body, brave and noble*»: *Chivalry and Society in Medieval France*, Nueva York, 1998; KAEUPER, Richard W., *Chivalry and Violence in Medieval Europe*, Nueva York, 2001. Véase también, por último aunque de manera especial, el trabajo de Salustiano MORETA VELAYOS, «El caballero en los poemas épicos castellanos del siglo XIII. Datos para un estudio del léxico y de la ideología de la clase feudal», en *Studia Histórica*, 1-2^o (1983), pp. 5-28, estudio importante y pionero cuyos planteamientos, ya explotados con éxito por Jean Flori en Francia, no han sido todavía ensayados en otro tipo de escritos castellano-leoneses, algo que iluminaría sobremedida el problema de la caballería en nuestro contexto.

³ Los estudiosos del *Zifar* no terminan de ponerse de acuerdo sobre la fecha de redacción, dándose opiniones divergentes que, sin embargo, sitúan la composición en ese arco cronológico situado entre los últimos años del s. XIII y las dos o tres primeras décadas del XIV. Para nosotros, más que la fecha exacta de puesta por escrito, es más importante la ubicación del autor, en un universo cultural creado por Alfonso X, Sancho IV y sobre todo María de Molina —«molinismo»—, relacionado con la escuela catedralicia de Toledo, como parece detectarse en los conocimientos jurídicos y didácticos de los que hizo gala. Sobre la autoría del *Zifar* se han dado también varias interpretaciones. Como puede suponerse, la bibliografía sobre esos y otros temas relacionados es demasiado extensa como para detallarla aquí y dar así justa cabida a las distintas interpretaciones. Por ello remitimos a un reciente estado de la cuestión, elaborado por un especialista en la materia, CACHO BLECUA, Juan M., «Bibliografía del *Libro del Cavallero Zifar*», en *La Coronica*, vol. 27.3 (1999), pp. 226-250, estudio que se inserta en un número monográfico sobre el *Zifar*. Otros compendios bibliográficos útiles, aunque no actuales, son el de OLSEN, Marilyn A., «Tentative Bibliography of the *Libro del Cavallero Zifar*», en *La Coronica*, 11.2 (1983), pp. 327-335, y el de la edición que manejamos de Cristina González, pp. 59-61. Puede consultarse, además, la página web www.humnet.ucla.edu/cifar, coordinada por Vincent BARLETTA, así como una extraordinaria

militar. A pesar de su carácter ficticio y novelado⁴, el LCZ no fue *strictu sensu* una novela ni un *roman*, tampoco un libro de caballerías, fue algo más, un escrito inclasificable, único en su especie, por la mezcla de géneros que en él se dieron, amalgamándose lo novelesco con contenidos de índole jurídica, didáctico-moral y épica⁵, con un auténtico espejo de príncipes en su parte central y determinadas historias, así como consejos, de sabor oriental que se insertan a lo largo del relato, y, a pesar de ello, formando un todo unitario⁶. Las visiones que ofrece de las formas de hacer la guerra, del papel que pudieron desempeñar los caballeros en ella, así como de las aspiraciones, motivaciones, virtudes y defectos de los mismos, adquieren una expresividad y fuerza notables, configurando imágenes que nos ayudan —por el arraigo que tienen en su tiempo— a comprender un poco mejor el fenómeno de la caballería medieval, que mucho tendría de función en sus inicios pero que a lo largo del siglo XII fue, de manera progresiva, adquiriendo matices ideológicos que configuraron un código, una ética, una mentalidad⁷, muchos

síntesis sobre el *Zifar* y sus distintas problemáticas en GÓMEZ REDONDO, Fernando, *Historia de la prosa medieval castellana*, 2 vols., Madrid, Cátedra, 1999, esp. vol. II, subtítulo «El desarrollo de los géneros. La ficción caballerescas y el orden religioso», y dentro del mismo pp. 1371-1459.

⁴ El carácter novelesco de la composición puede detectarse, por ejemplo, en el afán de su autor por hacer de los protagonistas auténticos arquetipos de esa «*extraña figura desde el punto de vista sociológico*» que es el caballero errante. Para esa definición ver CARDINI, Franco, *La culture de la guerre, X^e-XVIII^e siècle*, Paris, 1992, (traducido del original en italiano *Quell'Antica Festa Crudele. Guerra e cultura della guerra dall'età feudale alla Grande Rivoluzione*, Florencia, 1982), pp. 25-26 (la traducción es nuestra).

⁵ Los relatos bélicos, especialmente los de las batallas campales, guardan no pocas similitudes con composiciones épicas castellanas como el *Poema de Fernán González* (ed. de Juan VICTORIO, Madrid, Cátedra, 1998, PFG, en adelante), el *Poema de Mío Cid* (edición, introducción y notas de Ian MICHAEL, Madrid, Castalia, 5^a ed., 1991, PMC en adelante), y el *Libro de Alexandre* (edición de Jesús CAÑAS, Madrid, Cátedra, 3^a ed., 1991).

⁶ Sobre esa mezcla de géneros llamó la atención uno de los grandes estudiosos del *Zifar*, CACHO BLECUA, Juan Manuel, «El género del *Cifar* (Cromberger, 1512)», en Jean CANAVAGGIO (ed.), *La invención de la Novela* (Colección de la Casa de Velásquez, 60), Madrid, 1999, pp. 85-105, especialmente pp. 87-89. El citado investigador sostiene, además, que a pesar de ese carácter aludido, el autor proyectó «su creación unitariamente, y no como un conjunto heterogéneo de elementos», p. 87. Sobre el carácter novelesco didáctico-moral del LCZ véase STÉFANO DE TAUCER, Luciana de, *El «Caballero Zifar» novela didáctico-moral*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1972.

⁷ Sobre la ideología véase, por ejemplo RUIZ DOMÉNEC, José Enrique, «L'idea della cavalleria medievale come una teoria ideologica della società», en *Nuova Rivista Storica*, Roma, 1981, pp. 341-367, y FLORI, J., *Caballeros y caballería*, pp. 179-262. Para Lynn, por otra parte, «*Chevalerie, or chivalry, means the code of these mounted aristocratic men-at-arms or those knights themselves spoken of collectively*», LYNN, John A., *Battle. A History of Combat and Culture*, Boulder, Colorado, 2003, p. 78. Sobre la ética caballerescas pueden consultarse dos interesantes trabajos de STRICKLAND, Matthew, *War and Chivalry. The Conduct and Perception of War in England and Normandy, 1066-1217*, Cambridge, 1996, *passim*; IDEM, «Ki-

de los cuales aparecen reflejados en la obra aludida, lo que nos permite contemplarla como suma de conocimientos bélicos y caballerescos de toda una época, como una síntesis en la que se dieron algunas innovaciones y muchas reinterpretaciones de ideas más antiguas.

El estudio del LCZ nos permite, así pues, constatar lo que ya apuntara Claude Gaier, el hecho de que la caballería pesada medieval debe ser contemplada, entre otras cosas, como un «problema de mentalidad»⁸, siendo el denominado «ethos» caballeresco elemento imprescindible a la hora de proponer una siempre difícil definición de «caballería»⁹. Entendiendo que esta fue un oficio, el de combatir a caballo, que hasta el advenimiento de los escritos en romance se identificó de manera bastante clara con el término latino *miles-milites*¹⁰, y que a su vez estos fueron identificándose, cada vez más, con el orden de los *bellatores*, y estos, a su vez, con un equipo y forma de combatir concretos¹¹; que tuvieron un sistema de valores propio basado en virtudes aristocrático-guerreras como el valor y la honra, enriquecido con otras de origen regio-vasallático, como la largueza, la lealtad y la obediencia¹², y eclesiásticas, como la piedad

lling or Clemency? Ransom, Chivalry and Changing Attitudes to Defeated Opponents in Britain and Northern France, 7-12th centuries», en KORTUM, Hans-Henning (ed.), *Krieg im Mittelalter*, Akademie Verlag GmbH, 2001, disponible en la red, en la página <http://deremilitari.org>; así como FLORI, J., *Caballeros y caballería*, pp. 153-172. Para Franco Cardini la caballería nunca constituyó una clase social, sino más bien una fraternidad «iniciático-ritual» de compañeros que compartían una misma ética, una misma mentalidad, aspiraciones comunes y un similar modo de vida, en *La culture della guerre*, p. 27. De ahí que los aspectos ideológicos, éticos y mentales resulten fundamentales para definirla y encuadrarla. Sobre la caballería como «orden» y los problemas que suscita ver KEEN, M., *Op. cit.*, p. 16-17.

⁸ GAIER, Claude, «La cavalerie lourde en Europe occidentale du XII^e au XVI^e siècle. Un problème de mentalité», en *Armes et combats dans l'univers médiéval*, Bruselas, 1995, pp. 299-310.

⁹ Véase en este sentido KEEN, Maurice, *op. cit.*, pp. 13 y ss., donde se establecen con criterio los muchos problemas existentes para aquilatar una definición de caballería en la Plena Edad Media.

¹⁰ Véanse las aclaratorias páginas de GRASSOTTI, Hilda, *Las instituciones feudo-vasalláticas en León y Castilla*, 2 vols., Spoleto, 1969, vol. 1, pp. 49-66, así como PÉREZ DE TUDELA, M.^a I., *op. cit., passim*. y KEEN, M., *op. cit.*, pp. 45 y ss. Para la Francia del s. XI ver VAN LUYN, P., «Les "milites" dans la France...», p. 11 y ss.

¹¹ En el que caballo, armadura y lanza fueron elementos fundamentales para identificar al caballero con la táctica de la «*lance couchee*», que lo significaba y diferenciaba, militar, iconográfica, sociológica, psicológica y culturalmente del resto de los combatientes y del resto de la sociedad, *vid. Infra*.

¹² En el caso castellano-leonés esto parece claro por la relativa omnipresencia de una realeza fuerte entre los siglos XI y XIII, con capacidad, entre otras cosas, para reflejar su propia ideología en distintos escritos del periodo y articular modelos caballerescos. En entornos como la Francia meridional —en los siglos XI y XII—, donde se dio una disgregación del poder y por ello un vacío de autoridad regia, determinadas competencias que en nuestro ámbito fueron asumidas por los reyes, allí lo serían por poderes nobiliarios. Ver DUBY, G., *Los Tres*

cristiana¹³, tenemos que concluir que no habría que esperar hasta el Título XXI de la *Segunda Partida* de Alfonso X para considerar que, antes de ese hito fundamental¹⁴, hubo «caballería» en los reinos de Castilla y León de los siglos XII y XIII. Otra cuestión es que estuviera definida, sistematizada y organizada teórica y jurídicamente en un todo orgánico, algo que no se da hasta el código alfonsí, como ha sostenido con acierto Rodríguez Velasco en algunos de sus imprescindibles trabajos¹⁵. Sin embargo previamente —en el siglo XII y primera mitad del XIII— sí hubo cierta teorización sobre la caballería, en escritos de corte propagandístico con fuerte carga ideológica y mental como fueron las crónicas, los tratados y los cantares de gesta, como ya señalaran Gómez Redondo, Mitre Fernández y Alvira Cabrer¹⁶. El problema es que las teorías sobre la caballería en esa época y en esos escritos aparecen como un todo desorganizado que es preciso ordenar de alguna manera. Esa desorganización viene dada por la inexistencia de tratados teóricos de corte caballeresco¹⁷,

Órdenes o lo imaginario del feudalismo, Barcelona, 1983 y RODRÍGUEZ DE LA PEÑA, Manuel Alejandro, «Ideología política y crónicas monásticas: la concepción cluniacense de la realeza en la España del siglo XII», en *Anuario de Estudios Medievales*, 30/2 (2000), pp. 681-734. Vid. *Infra*.

¹³ Dentro del proceso de cristianización de la caballería, siglos XI-XII, al que nos referiremos más adelante.

¹⁴ Valorado por algún estudioso como el primer tratado de caballería castellano, ver LIZABE DE SAVASTANO, Gladys I., «El Título XXI de la *Segunda partida* de Alfonso X, patrón medieval del tratado de caballería hispánico», en LACARRA, M.^a Eugenia (ed.), *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballeresca*, Bilbao, 1991, pp. 81-102, así como MITRE FERNÁNDEZ, Emilio y ALVIRA CABRER, Martín, «Ideología y guerra en los reinos de la España Medieval», en *Conquistar y Defender. Los recursos militares en la Edad Media Hispánica. Revista de Historia Militar*, num. Extraordinario, Año XLV (2001), pp. 291-334, esp. p. 297.

¹⁵ RODRÍGUEZ VELASCO, Jesús Demetrio, «De oficio a estado. La caballería en el *Espéculo* y las *Siete Partidas*», en *Cahiers de Linguistique Hispanique Médiévale*, n.º 18-19 (1993-1994), pp. 49-77; IDEM, «Para una periodización de las ideas sobre la caballería en Castilla, (ca. 1250-1500)», en *Actas del VI Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, 1996, pp. 1335-1346, y *El debate sobre la caballería en el siglo XV. La tradidística caballeresca castellana en su marco europeo*, Valladolid, 1996, especialmente pp. 17 y ss.

¹⁶ GÓMEZ REDONDO, F., «La materia caballeresca: líneas de formación», en *Voz y Letra*, VII/1 (1996), pp. 45-80. Por su parte, Mitre y Alvira sostienen, con acierto, que «*La literatura medieval habló ampliamente de los ideales caballerescos aunque no llegara en ningún momento a una verdadera sistematización*», hasta las *Partidas*, MITRE FERNÁNDEZ, E. y ALVIRA CABRER, M., «Ideología y guerra», cit., p. 297.

¹⁷ Hay tratados, como el *Libro de los Çien Capítulos* (ed. de Agapito REY, Bloomington, Indiana, 1960, LCC, en adelante) y el *Libro de los Doze Sabios (El Libro de los Doze Sabios o Tractado de la Nobleza y Lealtad [ca. 1237])*, estudio y edición de John K. WALSH, *Anejos del Boletín de la Real Academia Española*, Anejo XXIX, Madrid, 1975, LDS en adelante), que hablan de caballería pero no con voluntad de sistematización, ya que se encuadran más en el género de los espejos de príncipes. Sobre el género especular en la Castilla del siglo XIII

así como por el carácter heterogéneo de la caballería de ese momento, en el que caballero no ha sido equiparado aún de derecho, aunque en ocasiones sí de hecho, con la categoría nobiliaria, en el que caballero podía ser el villano o concejil, el *miles* asoldado, el freire de las órdenes militares, el infanzón, el tenente de un castillo, el mesnadero, el gran señor magnate o barón e incluso el mismo rey. Es por eso que la equiparación caballería-nobleza sancionada en las *Partidas*, el paso «*de oficio a estado*»¹⁸, simplificó bastante el problema de la definición de la caballería, no solo a los hombres de aquella época, sino también a los estudiosos de la nuestra.

En este trabajo nos proponemos, en relación con lo sobredicho, situar las imágenes que de la caballería y la guerra ofreció el LCZ en ese contexto más amplio. La originalidad del *Zifar* en este sentido consiste, por esa mezcla de géneros aludida, en presentar un modelo aquilatado, coherente, organizado, en base al aprovechamiento de ideas viejas y otras no tanto, que fueron forjándose en Castilla y León desde al menos el siglo XII, para desembocar, a finales del XIII y principios del XIV, en una composición a medio camino entre la definición y la expansión de las ideas caballerescas¹⁹, compartiendo características de esas dos épocas pero no situándose en ninguna de ellas, fundamentando precisamente en ese sentido su originalidad y aislamiento genérico.

La guerra y la caballería en LCZ, por otra parte, han sido prolíficamente analizadas por investigadores con formación filológica. Así, contamos en este sentido, con trabajos como los de Marta Ana Diz, José Manuel Lucía Megías o M.^a Luzdivina Cuesta Torre²⁰, y, por el contra-

ver el interesante estudio de Marta HARO CORTÉS, *Los compendios de castigos del siglo XIII: técnicas narrativas y contenido ético*. Anejo XIV de la Revista *Cuadernos de Filología Española*, Valencia, 1995.

¹⁸ Parte expresiva del título del importante y más arriba citado estudio de Rodríguez Velasco.

¹⁹ A finales del XIII se define y articula jurídicamente la caballería, a principios del XIV se sigue definiendo (Don Juan Manuel) pero, especialmente a partir del reinado de Alfonso XI, se empieza a producir la gran eclosión de nuevas ideas caballerescas que van a sentar las bases de las, ya sí, novelas de caballerías y tratados doctrinales bajomedievales. Ver los títulos de Rodríguez Velasco citados más arriba —especialmente «Para una periodización de las ideas», *passim*, y *El debate sobre la caballería*, pp. 17-22—, en los que considera una etapa de «restricción» entre la «definición» y la «expansión».

²⁰ Véase DIZ, M. A., «El mundo de las armas en el *Libro del Caballero Zifar*», en *Bulletin of Hispanic Studies*, LVI, 3 (1979), pp. 189-199; LUCÍA MEGÍAS, J. M., «Dos caballeros en combate: batallas y lides singulares en *La leyenda del Cavallero del Cisne* y el *Libro del Cavallero Zifar*», en ALVAR, C. y LUCÍA MEGÍAS, J. M. (eds.), *La literatura en la época de Sancho IV*, (Alcalá de Henares, 21-24 de febrero de 1994), Alcalá de Henares, 1996, pp. 427-452; y «Caballero, escudero, peón. (Aproximación al mundo caballeresco del *Libro del cavallero Zifar*)», en *Scriptura*, 13 (1997), pp. 115-137, y CUESTA TORRE, M. L., *Ética de la guerra en el Libro*

rio, con ninguno, que sepamos, elaborado sobre estos temas por historiadores. Es por ello que este estudio pretende ser una modesta aportación desde nuestra especialidad, dejando claras nuestras carencias en materia filológica, tan imprescindible para comprender los muchos matices que encierra una obra como el LCZ, que, por otra parte, no puede explicarse únicamente desde esos criterios, ya que, aparte de una obra literaria, la aludida composición debe ser contemplada como una «fuente histórica», cuyo análisis permite conocer fenómenos históricos, como lo son la caballería y la guerra en los reinos de Castilla y León de la Edad Media.

¿FUNCIÓN O HIDALGUÍA?

Para el anónimo autor que compuso el LCZ, el caballero era un guerrero profesional que combatía a caballo con unas armas ofensivas y defensivas determinadas que lo distinguían de otros combatientes como peones y escuderos. Para él la guerra era razón de ser, la actividad más importante desarrollada por el caballero, que debía, además, ser poseedor de una serie de virtudes físicas, mentales y morales para poder ser considerado como tal. Hasta tal extremo era la dedicación militar fundamental para tal valoración, que en algún momento se llega a afirmar que caballero no podía ser considerado un individuo hasta que no lo demostrase en el «*campo*», lugar de lucha por antonomasia en época medieval²¹. El rebelde conde Nasón expuso a uno de los hijos de Zifar dos de las vías a través de las cuales el hombre podía acceder a esa dignidad. Una de ellas era el linaje²², pero otra, no menos importante que esta, era

del Caballero Zifar», en BELTRÁN, Rafael (ed.). *Literatura de caballerías y orígenes de la novela*, Valencia, 1998, pp. 95-114, y «En torno al tema de la guerra en el *Libro del Caballero Zifar*», en *Actas del VII Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Barcelona, 2001, vol. I, pp. 113-124.

²¹ Ver nuestros trabajos: «La percepción de la guerra en el *Poema de Mío Cid*: entre la realidad y la distorsión», en *Revista de Historia Militar*, año XLVI, 94 (2003), pp. 163-204 y «Una interpretación del significado de *Campeador*: El Señor del Campo de Batalla», en *Norba, Revista de Historia*, 16 (1996-2003), pp. 257-276.

²² No debemos olvidar, aun con riesgo de caer en la reiteración, que el *Zifar* se encuadra en un contexto —finales del siglo XIII-principios del XIV—, en el que la caballería se iba cerrando progresivamente, siendo cada vez más una casta y menos un oficio. Ese cambio significativo en la percepción de la caballería alcanzó su más evidente manifestación en el título XXI de la *Segunda Partida* de Alfonso X, donde es definida como un estado, como un grupo social que se equipara a la nobleza mediante el empleo anacrónico del modelo de ordenación trifuncional de la sociedad. Ese es un fenómeno que comienza a darse en Francia a comienzos del siglo XIII, véase, por ejemplo, DUBY, Georges, «Situación de la nobleza en Francia a principios del siglo XIII», en *Hombres y Estructuras en la Edad Media*, pp. 228-239, especialmente p. 234 y ss.

precisamente la calidad del servicio militar que se prestase a un señor en el *auxilium* y en el *consilium*. Es decir, el ser caballero no dependía solo del nacimiento, sino también de las actitudes bélicas personales: «*ca çiertas muchos son caualleros que lo non son por linage, mas por sus buenas costumbres, e por seruiçio que fazen a sus señores*»²³.

La vertiente bélica es tan importante para tal consideración, que la movilidad económica y social de los protagonistas —especialmente de Zifar y su hijo Roboan—, se debe, en buena medida, a sus aptitudes guerreras. Zifar se convierte en rey de Mentón gracias a esa destreza, que le permite vencer a los tres mejores hombres de la hueste del rey de Ester. La hija del rey de Mentón tiene claro que prefiere casarse antes con un caballero ducho en la guerra que con un infante, por mucho que este tuviera una posición social más elevada que la del caballero²⁴. La consideración de la infanta bien merece ser tenida en cuenta, ya que refleja la importancia que el autor imaginó podía llegar a tener para una hija de reyes el contraer matrimonio con un caballero experto en armas, más deseado por ella que un pretendiente de superior categoría. Y sin embargo, la infanta especificaba que ese hombre que anhelaba para sí debía ser «*fijo dalgo*», noble, aunque de segundo rango²⁵. Con lo que se plantea la duda: ¿qué era más importante para la consideración del caballero, sus destrezas militares o su hidalguía? Parece que ambas cosas a la vez, teniendo en cuenta que esta composición puede situarse en un contexto en el que el tránsito de función a categoría social se pretendía implantar, no es descabellado pensar que el autor entendía igualmente imprescindibles, en su concepción de caballero ideal, esos dos requisitos²⁶.

²³ LCZ, p. 220. Garfín, uno de los hijos de Zifar, consideraba también que, «*ninguno non puede ser dicho cauallero sy primeramente non se prouare en el campo*», *ibidem*, p. 226. El propio Zifar pensaba lo mismo, pero introducía un matiz en su valoración. Al dialogar con el señor de una hueste contra la que se había enfrentado exponía que fuerza y sabiduría eran cualidades imprescindibles que el caballero debía poseer en la guerra y en otros asuntos: «*“Commo” dixo el señor de la hueste, “el cauallero non es para al sy non para guerra?” “Sy”, dixo el Cauallero Zifar, “para ser bien acostumbrado e para dar buen consejo en fecho de armas e en otras cosas quando acaecieren; ca las armas non tienen pro al ome sy ante non ha buen consejo de commo ouiese de vsar dellas*», *ibidem*, p. 133.

²⁴ «*...sy Dios lo tiene por bien, muy mejor es casar con vn cauallero fijo dalgo e de buen entendimiento e buen cauallero de armas para poder e saber anparar el regno en los vuestros dias e después de vuestros dias, que non casar con infante o con otro de grant lugar que non sopiese nin podiese defender a sy nin a mi*», le confesaba a su padre, ante la posibilidad de que Zifar consiguiera vencer a sus enemigos, descercar Mentón y con ello recibir la recompensa ofrecida, su propia mano y el reino, LCZ, p. 183.

²⁵ LUCÍA MEGÍAS, J. M., «Caballero, escudero, peón», pp. 120-121.

²⁶ La figura del Ribaldo-Caballero Amigo muestra claramente las opiniones del autor, ya que es un personaje que partiendo de los más bajos estratos sociales acaba alcanzando las más altas cotas de honor y dignidad en base a sus hechos. Ejemplo claro, por tanto, de la importancia que el aludido autor concedió a la función.

El de los combatientes no fue a finales del siglo XIII, como no lo había sido en el siglo anterior, un grupo homogéneo. En algunos puntos del relato, el autor se refería a distintos tipos de guerreros en función de su extracción social, lo que parecía constituir el mayor fundamento de diversificación en este sentido. Además, consideraba, los mejores eran aquellos que se situaban en la esfera de la hidalguía, los *fijos dalgo*²⁷. Esas distinciones se hacen, además, extensibles al campo de las responsabilidades y atribuciones militares²⁸. Al diseñar la táctica para combatir a los cercadores de Galapia, Zifar distribuyó competencias entre los distintos guerreros precisamente en función de esos criterios articuladores²⁹. Los «*fijosdalgo*», tanto caballeros como escuderos, participarían de manera directa en el combate, los peones, ruanos y ballesteros tendrían la misión secundaria y auxiliar de socorrer a los primeros en caso de necesidad. Queda claro con esto que el autor entendía que los mejores combatientes que había en su época eran los «*fijos dalgo*», especialmente los «*caualleros fijos dalgo*», frente a otros guerreros no hidalgos, «*ruanos*», que José Manuel Lucía identifica con los caballeros villanos³⁰, valorados de manera peyorativa, como medio siglo antes lo habían sido en el *Libro de los Doze Sabios*, cuando su autor recomendó a Fernando III no llevarlos a las campañas si no fuesen «*escogidos*»³¹, o cuando un caballero villano abulense se vio obligado

²⁷ Al preguntar Zifar al barrunte de Galapia sobre la composición de la hueste sitiadora de la villa, este respondió que eran «*fasta tres mill e quinientos caualleros, entre buenos y malos*». Zifar le preguntó si en aquella hueste había mucha «*gente de fijos dalgo*» y el barrunte respondió que no creía que esos «*fijos dalgo*» fuesen más de doscientos, y que estaban repartidos por todo el real, ya que el grueso de la hueste enemiga estaba compuesto por «*ruanos*», que no habían acudido «*buena mente*» a la hueste, información que causó regocijo al protagonista, LCZ, p. 111.

²⁸ Conviene recordar, con García Fitz, que la posición que el individuo ocupaba en una hueste medieval no era sino el reflejo de su ubicación en la sociedad. Véase en este sentido GARCÍA FITZ, Francisco. *Ejércitos y actividades guerreras en la Edad Media Europea*, Madrid, 1998, pp. 9-11 y «La organización militar en Castilla y León (siglos XI al XIII), en *Conquistar y defender*, cit., pp. 61-118, esp. p. 63.

²⁹ «*Amigos, los çient caualleros fijos dalgo e los çinquenta escuderos de cauallo apartense, e los escuderos fijos dalgo de pie; ca con estos tengo yo que ir a este fecho, e los diez caualleros fijos dalgo e los ruanos e los vallesteros e los peones finquen e parense en aquella pontezilla que esta en el camino, e sy menester fuere de que atan çerca sean paraque nos puedan acorrer, que nos acorran*», LCZ, p. 113. La misión de esos diez caballeros hidalgos sería, para el autor, mantener la cohesión de unos combatientes con tendencia a la desorganización e indisciplina, enlazando ideas, como veremos más abajo, ya formuladas por la tratadística castellana del XIII.

³⁰ «Caballero, escudero, peón», pp. 126-129.

³¹ «*Non lieves a la tu conquista compañas conçeçibles synon sy fueren escogidos por omnes de quien la tu merçed fie, e que le sea bien pagado su sueldo, que non debes fazer cuenta de la gente que va syn dineros, e non sabe que es tomar la lança para ferir. Que quando pensares que tienes algo, non tienes nada*». Incluso el anónimo tratadista recomendó algo similar a lo que luego, en la ficción, hizo Zifar, marginar de los puestos importantes de la

a deformar la realidad para trazar perfiles heroico-caballerescos de sus antepasados y contemporáneos³². En otra ocasión, al relatar el asedio de Mentón, Zifar se dirigió a los caballeros y peones que iba a acaudillar en el combate para el descerque. A los primeros ordenó simplemente atacar directamente la posición que ocupaba el rey enemigo en su real, a los segundos que no se dedicaran a robar en el campo antes de finalizada la lucha, algo que vuelve a poner de manifiesto las distinciones sociales concebidas por un autor que asoció una acción indisciplinada y codiciosa a los peones y no a los caballeros, como ya había hecho con anterioridad, por ejemplo, Jiménez de Rada³³.

La figura del escudero, que debió ser fundamental a pesar de la poca información que sobre la misma poseemos, aparece también en la composición. Un escudero podía convertirse en caballero si un caballero quería hacerle entrega de caballos y armas e investirlo. Así, Garfín y Roboán hicieron caballeros a los escuderos que les ayudaron a vencer a las tropas del rebelde conde Nasón. Pero contaban con una ventaja, eran, significativamente, «*fijos dalgo*». Aquello estimuló a muchos escuderos de aquella tierra, que acudieron en masa para prestar buenos servicios a los

hueste a ese tipo de compañías, al decir que «*de las gentes que van a pelear, los flacos embargan a los fuertes, e los cobardes fazen fuyr a los buenos. E por ende syenpre pon en la delantera a los más fuertes e esforçados*», *LDS*, cap. XXXIII, p. 105. Sobre la valoración negativa de los villanos «advenedizos» por otros caballeros en la Francia del siglo XIII ver DUBY, G., «Situación de la nobleza en Francia», p. 235.

³² Esas recreaciones aparecen en la *Crónica de la Población de Ávila* (edición e índices de Amparo Hernández Segura, Valencia, 1966), compuesta para alabar a las hazañas, reales o ficticias, de los caballeros serranos de esa localidad, en un tiempo, mediados del siglo XIII, en el que las grandes cotas de honor de la guerra las alcanzarían estos caballeros, precisamente, en función de los servicios prestados al rey en el seno de su hueste, en un momento en el que habfan perdido ya parte de su prestigio pasado. Hay que tener en cuenta, para entender esas imágenes, que la dicha crónica mezcló a partes iguales ficción y realidad, como sostuvo GAUTIER DALCHÉ, Jean, «Fiction, réalité et ideologie dans la «Crónica de la Población de Ávila»», en *Razo*, 1 (1979), pp. 24-32.

³³ Esa asociación, por tanto, no fue novedosa en el *Zifar*, ya que el arzobispo, en su relato de la batalla de las Navas (1212), quiso dejar claro quien, supuestamente, se dedicó al pillaje, los «*pedites*» y algunos «*milites*» de Aragón, y quien a perseguir y aniquilar a los adversarios —los caballeros con «fama» y por tanto de linaje—, designios deseables en aquella cruzada, cuando la balanza se inclinó del lado cristiano. En ese esclarecedor relato, el Toledano afirmaba que el día anterior había instruido a las huestes en ese sentido, prohibiendo el saqueo del campo, so pena de excomunión, si Dios les concedía la victoria, ver *Historia de Rebus Hispaniae sive Historia Gótica, Opera Omnia*, Pars I, en *Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis*, LXXII, cvra et studio Juan Fernández Valverde, Turnholt, 1987 (*HRH*, en adelante), Liber VIII, cap. XI, pp. 274-275. El *Zifar*, en la misma línea, al narrar el subsiguiente combate, representa a los caballeros hidalgos luchando virilmente contra los enemigos, y a los peones prendiendo fuego a las tiendas enemigas, una nueva división de funciones motivada por diferencias sociales, *LCZ*, p. 189.

caballeros y ser investidos por ellos con la dignidad caballeresca³⁴. Por otra parte, los escuderos —«a caballo» y «a pie»³⁵— aparecen en la composición situados en un plano superior al de los peones, aunque, como estos, muchos de aquellos combaten a pie, desempeñan, sin embargo, funciones importantes en las batallas. En la que enfrentó a la hueste de Pandulfa contra la de Grimalet, fueron doscientos «*escuderos fijos dalgo a pie*» los que protegieron a Roboán cuando le mataron la montura. Esos escuderos lucharon con ardor matando caballos de los enemigos para luego aniquilar a estos en el suelo de una lanzada «*so las faldas*»³⁶. Después, serán cincuenta de esos hombres los que se encargarán de custodiar un cautivo valioso, otra función importante asociada a estos combatientes³⁷.

VIRTUDES CABALLERESCAS: VALOR Y LARGUEZA

Los caballeros tenían en común, como adelantábamos arriba, una especie de código ético y moral, en el que determinadas virtudes y valores serán elemento substancial. Virtudes morales y guerreras como la fortaleza, la valentía, la lealtad, la obediencia, la mesura, la prudencia, la modestia, la largueza y la sabiduría, y el reflejo que de ellas dan las fuentes, nos ayudan a aproximarnos a lo que en la Edad Media se entendía por caballero y caballería³⁸. Como no podía ser de otro modo, estas cualidades aparecen adornando las acciones de los personajes principales del *Zifar*, que son modelos de conducta, arquetipos caballerescos. Zifar y Roboán —principal, pero no únicamente— son para el autor paradigmas que aglutinan todo ese conjunto de cualidades que configuran un código

³⁴ «*E a los escuderos fijos dalgo que leuauan consigo dieronles caualllos e armas de aque-llo que y ganaron, e fezieronlos caualleros*», *Ibidem*, 222-223.

³⁵ Prueba inequívoca de que había pasado ya un tiempo, en el que la posesión de caballo era suficiente para que algunos fueran considerados caballeros, y llegado otro, en el que era imprescindible el rito de la investidura para tal consideración.

³⁶ Matar caballos aparece como especialidad de escuderos, pues poco más adelante, en la misma batalla, fueron los mismos escuderos del infante los que mataron el caballo del hijo del rey de Grimalet, *LCZ*, p. 368-369.

³⁷ La *Chronica Adefonsi Imperatoris* ya se fijó, a mediados del siglo XII, en un servicio reseñable de dos «*arnigeris*». En aquella ocasión los escuderos no vigilaron a caballeros, sino que liberaron a su señor, el conde Rodrigo Vela, «*tras poner en práctica un ingenioso plan*». En esa narración, como en el *Zifar*, los escuderos aparecen, no obstante, como auxiliares de los caballeros, ver *Chronica Adefonsi Imperatoris*, MAYA SÁNCHEZ, Antonio (ed), en *Corpus Christianorum Continuatio Mediaevalis, Chronica Hispana Saeculi, XII, I, Tvrvholti, MCMXC, I*, ep. 78, p. 186 (en adelante *CAI*), así como *Crónica del Emperador Alfonso VII*, intr., trad., notas e índices de Maurilio Pérez González, p. 87. Sobre los escuderos hidalgos en el *Zifar* ver LUCÍA MEGÍAS, J. M.: «Caballero, escudero, peón», p. 129 y ss.

³⁸ Por falta de espacio sólo vamos a desarrollar con cierta profundidad dos de ellas, valor y largueza, dejando para un futuro un tema que bien merece ser tratado aparte.

de honor, un sistema de valores que servía en la época para estimar la calidad del caballero y distinguirlo del resto, reflejando con ello el citado autor sus propios anhelos en este sentido³⁹. Al comenzar el relato de sus andanzas, trazó una semblanza de Zifar en la que condensaba algunas de sus cualidades y virtudes⁴⁰. No era de extrañar —consideraba— que, «*por todas estas buenas condiçiones*», fuese amado por su rey, de quien era vasallo y al que prestaba buenos servicios. Era el caballero que todo rey deseaba tener a su servicio, ya que «*con su buen seso natural e con su buen esfuerço sienpre vencía e ganaua onrra e vitoria para su señor el rey*». A pesar de que era muy costoso —por una extraña maldición no había caballo que le durase más de diez días—, era muy conveniente contar con él para las guerras, porque gracias a sus condiciones podía ofrecer el mismo servicio y rendimiento que mil caballeros. Es por ello que el autor consideraba que todo soberano debía disponer de un hombre como este, «*ca por vn cauallero bueno se fazen grandes batallas, mayormente en quien Dios quiso mostrar muy grandes dones de cauallería*»⁴¹. La calidad por encima de la cantidad, pareció transmitirnos el anónimo autor, algo que, por otra parte, podemos considerar uno de los grandes tópicos de la literatura castellana, en la que abundan ejemplos de combates desiguales, en los que lo que acaba inclinando la balanza al final no es el número, sino la capacidad de los caballeros de uno y otro bando⁴².

³⁹ Ya desde la *Historia Roderici*, los autores clericales castellano-leoneses construyeron arquetipos caballerescos que son, en buena medida, más reflejo de sus propios anhelos y deseos que de una realidad constatable. Desde comienzos del siglo XII esos autores, al igual que Orderico Vitalis en el ámbito anglonormando, condensaron en determinados individuos todo un conjunto de concepciones, ideas y valores, adornando sus trayectorias virtuosas o censurables en positivo y negativo, y convirtiéndolos al final en modelos de caballería. Algunos de estos modelos son —entre otros y para no resultar prolijos en el desarrollo de un tema sobre el que nos encontramos trabajando—, Rodrigo Díaz, el Cid, para el autor de la *Historia Roderici*, Munio Alfonso para el de la *CAI*, de nuevo el Cid para el *Najerense*; Fernán González, el Cid y Alfonso VIII —por ejemplo— para Rodrigo Jiménez de Rada y el rey de Las Navas para el autor de la *Crónica Latina de los Reyes de Castilla*. Sobre Orderico, sus modelos caballerescos y los motivos que le llevaron a construirlos ver las interesantes páginas de STRICKLAND, M., *War and Chivalry*, pp. 12-16.

⁴⁰ Aseguraba que Zifar «*fue buen cauallero de armas e de muy sano consejo a quien gelo demandaua, e de grant justicia quando le acomendauan alguna cosa do la ouiese de fazer, e de grant esfuerço, non se mudando nin orgullesçiendo por las buenas andanças de armas quando le acaesçian, nin desesperando de las desauenturas fuertes quando le sobreuian. E sienpre dezia verdat e non mentira quando alguna demanda le fazian, e esto lo fazia con buen seso natural que Dios posiera en el*», *LCZ*, p. 75.

⁴¹ *LCZ*, p. 76. El segundo de los dos grandes modelos caballerescos que propuso el autor —sin tener claro nosotros cual de los dos fue más importante para él— fue Roboán, como puede apreciarse, por ejemplo, en la semblanza que trazó de él y con la que encabezábamos e introducíamos este estudio.

⁴² A modo de ejemplo, para ilustrar esta idea, puede servirnos la inserción juglaresca castellanista que la *Crónica Najerense* introdujo en su narración de la batalla de Golpejera, que

El valor, el coraje, el esfuerzo, era, para el autor del *Zifar* y los hombres de la época, virtud indispensable en la consideración positiva del caballero⁴³. Pero la valentía no era lo mismo que la temeridad, no debían confundirse, puesto que en realidad eran contrarias, incompatibles. Sobre esta distinción, que salpica la literatura didáctico-moral del siglo XIII⁴⁴, proporciona una disquisición muy interesante acerca de lo que entendía por temeridad y por valentía, defecto y virtud cuyos límites no eran siempre claros. En una conversación, Zifar le exponía al mayordomo de Mentón la necesidad de hacer una salida contra los enemigos que los tenían cercados. El mayordomo planteó que esa acción podía ser considerada imprudente, al igual que la consideraron generalmente los líderes militares medievales, de ahí la escasez que de este tipo de acciones encontramos en el periodo, como ha puesto de relieve García Fitz⁴⁵. Es en ese momento cuando Zifar trazó las diferencias existentes entre los «*atrevidos*» y los

enfrentó a Sancho II de Castilla contra Alfonso VI de León en 1072. La noche previa al choque, ante la certidumbre de que el ejército leonés era más numeroso que el castellano, Sancho intentaba transmitir seguridad a sus hombres vanagloriándose de sus propias capacidades y de contar con el mejor caballero de ambos ejércitos, Rodrigo Díaz, el Cid Campeador, considerando que su propia lanza valía tanto como mil caballeros leoneses, y que la de Rodrigo valía por cien, *Crónica Najerense*, edición y traducción de Juan Antonio ESTÉVEZ SOLA, Madrid, 2003, Libro III, cap. 15, p. 176. Este es solo un ejemplo de un tópico que abunda en la literatura épica castellana, especialmente en el *PMC* y en el *PFG*, en los que las batallas se plantean desiguales en cuanto a número, lo que no es impedimento para que al final acabe alcanzando la victoria el ejército que posee caballeros cuyo potencial es equiparable al de muchos enemigos. Pero además, cronistas clericales como Jiménez de Rada o Lucas de Tuy, amén del aludido *Najerense*, se hicieron también eco de ese tópico.

⁴³ Richard KAEUPER afirma con acierto que «*we should not forget that the prowess is the fundamental quality of chivalry*», en *op. cit.*, p. 130. Esa virtud se identifica con los términos «*strenuitas*»-«*strenuus*» (energía-energico, fortaleza-fuerte, valentía-valiente) que inunda los escritos latinos plenomedievales. Véase sobre ello, a modo de ejemplo, BARLETT, Robert, *La formación de Europa. Conquista, colonización y cambio cultural, 950-1350*, traducción de Ana Rodríguez López, Granada y Valencia, 2003, especialmente el capítulo IV, titulado «La imagen del conquistador», pp. 121-147.

⁴⁴ Sobre estas cuestiones véanse las pioneras e imprescindibles opiniones de CONTAMINE, Philippe, *La guerra en la Edad Media*, Barcelona, 1984, esp. p. 316 y ss.

⁴⁵ En *Castilla y León frente al Islam. Estrategias de expansión y tácticas militares (siglos XI-XIII)*, Sevilla, 1998, véanse esp. los capítulos 2 y 3, que versan, respectivamente, sobre guerra de asedios y batallas campales. Lo que en la realidad parece una acción poco usual, en la épica sin embargo aparece con relativa frecuencia. En el *PMC*, por ejemplo, dos de las batallas que mantienen las huestes del Campeador contra enemigos musulmanes vienen precedidas de cercos. Estas son la ficticia de Alcozer y la no tan ficticia —identificada con la de El Cuarte (1094)— en la que la hueste cidiana protagoniza una salida desde Valencia contra los asediadores musulmanes. Curiosamente esta última se ajusta al único ejemplo histórico de este tipo de acción que podemos encontrar en los reinos de Castilla y León de los siglos XI al XIII. Sobre las batallas precedidas de cercos del *Poema de Mío Cid* ver, vv. 665-777, para la de Alcozer y para la que mantienen el Cid y Yusuf, vv. 1621 y ss., de la edición de Ian Michael.

«*esforçados*»⁴⁶. Un punto de «*locura*» estaría presente en lo que el protagonista consideraba atrevimiento, mientras que en el esfuerzo jugaría un papel destacado la inteligencia, la sabiduría —el «*buen seso natural*»— del caballero. Un ataque bien planificado, con sus riesgos bien evaluados y ejecutado con conocimiento, por peligroso que pudiera parecer, concluiría con éxito si se llevaba a cabo con esfuerzo y no con temeridad. Parecen claras las diferencias que para el anónimo autor, y posiblemente también para algunos de sus lectores, aunque no todos, había entre valentía e imprudencia, apareciendo esta última ligada a la juventud e inexperiencia del individuo⁴⁷.

La largueza fue otra de las virtudes caballerescas más apreciadas y cultivadas en la Edad Media, y consistía esencialmente en la generosidad, en el acto de entregar dones⁴⁸. Virtud representada en la ideología indoeuropea como expresión del poder regio, sería adoptada por los círculos aristocráticos en el siglo XII⁴⁹. A través de la prodigalidad se fortalecían los vínculos de unión entre el señor y sus caballeros, y se establecía una especie de intercambio de dones en el que el señor entregaba riqueza material a cambio de mayor lealtad y mejor servicio. Según Jean Flori, la largueza actuaba como un circuito cerrado que cimentaba la cohesión de todos aquellos que participan de este juego de roles⁵⁰. Esta virtud, con claros antecedentes en la crónica, tratadística y literatura castellano-leonesa⁵¹, tiene destellantes reflejos en el LCZ, donde se establece una interesante distinción entre lo que el autor denomina prodigalidad y liberalidad, que serían «*dos maneras de largueza*». A su juicio había «*dos maneras de hombres largos*», ya que por una parte estaban los «*desgasta-*

⁴⁶ «*Non digo yo*», dixo el cauallero, «*de los atreuidos, mas de los esforçados; ca grant departimiento ha entre atreuido e esforçado, ca el atreimiento se faze con locura e el esfuerço con buen seso natural*», LCZ, p. 186.

⁴⁷ El Caballero Amigo intenta refrenar a Roboán para que no comience un ataque sin antes haber evaluado sus riesgos de forma correcta. Al dirigirse a él no pone en tela de juicio su valentía, la cual es indudable, pero le insta a usar la cabeza «*e porende non deuedes leuar todas las cosas con fuerça de coraçon; ca çiertos somos que tan esforçado sodes que non dudariesdes de acometer muchos mas que vos, peroque deuedes pensar en qual manera, e mas a vuestra guisa e mas a vuestra honra*», LCZ, p. 216.

⁴⁸ Sobre la largueza véase BOUTET, Dominique, «*Sur l'origine et le sens de la largesse arthurienne*», en *Le Moyen Age*, 89, 3-4 (1983), pp. 397-411; FLORI, J., *Ricardo Corazón de León*, pp. 421 y ss.; KAEUPER, R. W., *op.cit.*, pp. 193-198.

⁴⁹ BOUTET, D., «*Sur l'origine...*»; FLORI, J., «*Aristocracie et valeurs «chevaleresques» dans la seconde moitié du XII^e siecle. L'exemple des lais de Marie de France*», *Le Moyen Age*, XCVI, n.º 1 (1990), pp. 35-65, esp. p. 59.

⁵⁰ «*Aristocracie et valeurs «chevaleresques»*», p. 59.

⁵¹ Posiblemente el más espectacular de los ejemplos sea el de las visiones que de Alfonso VIII nos dejaron en este sentido Jiménez de Rada y el autor de la *Crónica Latina de los Reyes de Castilla*. También tratados como el LDS, y el LÇC, así como las composiciones épicas, se hicieron eco de esa virtud.

dores» y por otra los «*francos*». Los primeros malgastaban el dinero y los bienes en el bien comer y beber y en dárselo a «*baratadores*»; los segundos, por el contrario, empleaban su riqueza en buenos fines, como regalos a sus criados, liberación de cautivos, casamiento de sus hijos o en «*alguna otra cosa onesta*». Por ello la franqueza —«*franchise*» en Francia— será una de las virtudes más valoradas por los señores, que la cultivarán a modo de inversión, ya que, como bien afirmaba el anónimo autor, basado en una realidad evidente, «*el que es franco e noble de coraçon, es amado de todos; ca la franqueza aduze a bondat e gana amigos*»⁵², en alusión clara a la idea que apuntábamos más arriba de que el acto de regalar, de ejercer la largueza, más que un don era un intercambio, de riqueza material por fidelidad, buen servicio y consejo, demostrando la bilateralidad de la acción de dar, algo que será puesto de manifiesto poco más adelante, de manera magistral, en otro de los consejos que el rey daba a sus hijos⁵³.

El menor de los retoños de Zifar, Roboan, tuvo muy presente en una ocasión esa advertencia que le había hecho su padre antes de partir en busca de aventuras. Tras sofocar la rebeldía protagonizada por varios reyes y condes, Roboán, que ya era emperador, premió muy bien a aquellos caballeros que le habían servido convenientemente en aquel y otros hechos. Otorgó varios condados a «*aquellos que entendio que gelo mas auian seruido e lo meresçian*», retribuyó de manera excelente a los pocos supervivientes de los trescientos que habían partido con él desde el reino de Mentón. A todos esos «*fizo mucha merced en los heredar e los onrrar, e en todo quanto pudo*», de manera que no hubo ninguno a quien no situara en buen estado «*por el buen seruiçio que auian fecho*». Todos los de la tierra alababan al emperador por esa gratitud hacia los que bien le habían servido, y «*todos auian porende grant sabor del seruir, teniendo que asy gelo galardonaria a ellos el seruiçio que fezieron*». El consejo de Zifar a sus hijos, llevado a la práctica por uno de ellos, era sabio y así lo juzgaba el autor, que consideraba, a modo de colofón, que «*çertas muy grant derecho es que quien bien feziere que buen galardon aya*»⁵⁴, demostrándose con esto que la guerra, más concretamente los servicios que un caballero prestaba a su señor en ella, era, además, una vía factible para el enriquecimiento y ascenso social.

⁵² LCZ, p. 332.

⁵³ «*...mios fijos, sy algunt grant señor vos feziere bien, o sy el vuestro vasallo vos ouiere fecho buen seruiçio, punad en gelo reconocer, a los señores con seruiçio e a los seruidores con bienfecho; ca en la reconosçencia, lo primero que deue ome guardar, esto es: que non oluide el bienfecho que rescibio nin el seruiçio que le fue fecho, ca todo se cuenta por bienfecho; ca el que bien sirue, buen fecho faze*», *Ibidem*, p. 333.

⁵⁴ LCZ, p. 451.

Como podemos apreciar, la largueza era un acto generoso pero no desinteresado del todo. El señor «regalaba» tierras, armas, caballos y dinero al caballero a cambio de que este hiciera buen uso de esos dones bajo su servicio. El beneficiario, por su parte, debía demostrar que era merecedor de los bienes que le habían sido otorgados. Así podemos interpretar el ofrecimiento que de las armas de su marido hizo la señora de Galapia a Zifar. Ella recibió justa recompensa, en forma de un excepcional servicio guerrero que el caballero le prestó mediante el empleo de aquel equipo en la batalla contra el conde de Éfeso. El señor también debía mostrarse pródigo en el reparto del botín, para motivar a sus hombres y tenerlos en mejor disposición para ocasiones futuras. El rey de Mentón recomendaba a sus hijos poner a buen recaudo toda la ganancia conseguida en la guerra y repartirla bien, dando a cada uno lo que mereciese, es más, debían detraer, si fuese necesario, una parte de su propio «derecho» para dárselo a aquellos que «fezieron bien», como quiso hacer, por ejemplo, el Cid con Minaya en el *PMC*⁵⁵. Con este comportamiento los líderes podían obtener grandes contrapartidas en forma de buen servicio de unos hombres que se sentían deudores por la generosidad demostrada⁵⁶. Sin embargo hay alguna ocasión en la que quien da no espera nada para sí, por ejemplo, cuando el rey de Mentón — Zifar— equipó a su hijo Roboán y a los trescientos caballeros que le acompañarían en su búsqueda de aventuras. Esa vez el rey da solamente para que su hijo pueda colmar sus expectativas y ganar honra, en ese caso la acción de dar es un gesto completamente altruista y franco, pues entre los francos se contemplaba a aquellos que gastaban sus bienes en dotar a sus hijos⁵⁷.

EL HONOR, LA FAMA Y LA VERGÜENZA

Los valores aristocráticos del honor, lealtad, valor, fueron fundamentales en el código de la caballería⁵⁸, así como la vergüenza. Pero ¿cómo podía un caballero alcanzar honor?, y ¿qué podía hacerle sufrir vergüenza? Según el LCZ el hecho de que Zifar anduviese a pie, sin caballo,

⁵⁵ Alvar Fáñez, tras comandar una algarva exitosa quiso ser recompensado por el Campeador con su propio quinto del botín, a lo que el «diestro brazo», como era de esperar, se negó, ver *PMC*, vv. 491 y ss.

⁵⁶ *LCZ*, p. 340.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 353.

⁵⁸ Según John A. LYNN, «Warrior values of prowess, courage, honor, and loyalty provided the heart of chivalry», *op. cit.*, p. 80. Sobre estas cuestiones véase STRICKLAND, M., *War and Chivalry*, especialmente el capítulo 4, titulado «Honour, shame and reputation», pp. 98-131.

por villas y ciudades era, por ejemplo, un hecho vergonzoso⁵⁹. La vergüenza y el deshonor eran los peores enemigos del caballero, individuo orgulloso de sí mismo y su ascendencia y que podía llegar a valorar su reputación por encima de la propia vida⁶⁰. En el imaginario de la caballería plenomedieval se planteaba preferible la muerte antes que sufrir una deshonra, porque esta no empañaba únicamente el nombre de su autor, sino que era transmitida a su descendencia como una mancha indeleble. Es por ello que al sentido del honor estuvo muy ligado el de la noción de vergüenza, una de las grandes virtudes a las que debían aspirar las élites armadas, al mismo tiempo que defecto que debían eludir a toda costa⁶¹. El autor del *Zifar* lo tenía claro, la vergüenza era la cosa que más debía recelarse el hombre de evitar, consideraba que «*mas es de temer la verguença que la muerte*»⁶². Por ello la noción de la misma era muy preciada virtud, como «*espejo bueno*», porque quien se miraba en ella no dejaba mancha en su rostro, «*e quien verguença tiene sienpre ante los sus oios, non puede caer en yerro, guardándose de caer en verguença*»⁶³. Ese sentimiento llevó a los hombres de Roboán a afirmar que era preferible morir antes que resultar deshonrados por sus enemigos. En el segundo de los combates contra los reyes rebeldes, tras haber sufrido una derrota y muchas bajas poco antes, Roboán, seguro de recibir la ayuda divina, planteó a sus hombres la necesidad de un nuevo ataque contra aquellos que el día anterior los habían derrotado. Los caballeros del emperador se mostraron dispuestos a llevar a cabo aquella orden: «*mucho nos plaze, ca mejor nos es la muerte que asy escapar tu e nos con esta*

⁵⁹ Así se lo exponía Zifar en una ocasión al ribaldo: «*Ay amigo!*», *dixo el cauallero, «que grant verguença he de entrar por las villas de pie! Ca como estraño estan me oteando e faziendome preguntas, e yo non les puedo responder. E fincaria aquí en esta torre esta noche, ante que pasar las verguenças de la çibdat*», LCZ, p. 169.

⁶⁰ LYNN, J. A., *op. cit.*, p. 80.

⁶¹ La vergüenza es virtud y defecto al mismo tiempo. La noción de la misma, su conocimiento, le hace al individuo evitarla para mantener el honor(virtud). Al no conocerla, al no tener noción de la misma, el hombre incurre en ella —y en la deshonra—, y por tanto se convierte en un defecto. Esta compleja significación aparece, no obstante, bastante bien clarificada en el *Zifar*, que se convierte, para esto también, en un referente fundamental. Ese doble significado de la vergüenza sigue vigente en nuestros días, como puede apreciarse en las acepciones que propone el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua*. Por otra parte, el antecedente más claro que tenemos de la vergüenza como cualidad-defecto esencial nos lo proporciona la CAI, al perfilar su modelo de caballería encarnado por Munio Alfonso, y en el que esa «*vergüenza*» («*uerrecundatus est*») es fundamental, I, 48, p. 217. La vergüenza es, además, una virtud-defecto que inunda el ideario de la *Segunda Partida*, en la que es considerada cualidad indispensable no solo para ser buen caballero, sino para desempeñar importantes cargos políticos y militares.

⁶² LCZ, p. 339.

⁶³ *Ibidem*, pp. 286-287. Frase magistral, para enmarcar, que ilustra a la perfección esa doble significación que de la vergüenza tuvo nuestro sabio autor.

desonrra grande e tan grant perdida commo aquí fecimos de amigos e de parientes». Y por esa mezcla del sentido de honor y las ansias de venganza se lanzaron contra sus enemigos, «*todos de buena voluntad para murir o vençer*»⁶⁴, porque en esta época muchos eran los que consideraban que era preferible la muerte a la deshonra, especialmente los hombres de honor, de linaje⁶⁵.

Pero, ¿cómo alcanzaban honor, fama y reputación los caballeros? En ámbitos europeos —del mismo modo que en el castellano-leonés—, honor y fama podían ser conseguidos en base a comportamientos militares meritorios y valerosos, como exponen Lynn y Kaeuper⁶⁶. Para un caudillo obtener honor pasaba por dirigir bien a sus hombres en los combates y lograr victorias, para los guerreros, eran sus comportamientos individuales los que condicionaban las impresiones que sobre ellos plasmaban los cronistas en sus obras y la concepción que de ellos tenían sus contemporáneos. Derrotar a un enemigo relevante en una batalla y en combate personal, el duelo de campeones, también era un hecho que reportaba honor⁶⁷. El LCZ recreó este tipo de combates⁶⁸ y destacó la gran honra que alcanzaba el vencedor en ellos. Garfín se enfrentó así con el rebelde conde Nasón, y tras una ardua pugna, en la que los dos resultaron heridos, consiguió derrotarlo y llevarlo apresado y deshonrado al rey. Su hermano Roboán ardía en deseos de emular aquella hazaña, que le reportaría gloria y fama a su hermano, ya que sería rememorada por los hombres como un gran hecho de caballería⁶⁹.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 445.

⁶⁵ Don Juan Manuel se situó en esta línea de pensamiento. La deshonra era para él la única causa que debía empujar al hombre a comenzar una guerra, y, consideraba, que «*mas aun la muerte, que es la mas grave cosa que puede seer, debe omne antes sofrir que pasar e sofrir desonra*», porque los hombres que mucho se precian y mucho valen, afirmaba, «*son para seer muertos mas non desonrados*», en *Libro de los Estados*, edición, introducción y notas de Ian Macpherson y Robert Brian Tate, Madrid, Clásicos Castalia, 1991, cap. LXX, pp. 207.

⁶⁶ Para John Lynn «*prowess and courage ensured honor*», *Op. Cit.*, p. 80. Richard KAEUPER, en *op. cit.*, p. 129, por su parte, sostiene que «*prowess and honour are closely linked in the knight's minds, for the practice of the one produces the other*», idea esta planteada de manera recurrente en la literatura medieval.

⁶⁷ No contamos con ejemplos históricos claros que nos permitan constatar lo que la épica y las crónicas con tanta fruición evocaron, el duelo singular entre dos caballeros en el marco de una batalla campal, el choque entre dos guerreros pesadamente armados que emplean su repertorio de armas para su lucimiento y gloria. Sin embargo el mito del Cid como «*Campidoctor*» se basa precisamente en la realidad de que Rodrigo Díaz debió ser un especialista en este tipo de acciones, batallas campales y duelos singulares, véase nuestro trabajo «Una interpretación del significado...», *passim*.

⁶⁸ Ver LUCÍA MEGÍAS, J. M., «Dos caballeros en combate», *passim*.

⁶⁹ Su hermano, decía Roboán, «*non podiera mejor señal ganar que aquella que ganó, ca la ganó a gran pres e a gran onrra de sy, e por aquella señal sabran e conosçeran los omes*

La fama, así pues, era un tesoro para los ficticios caballeros del *Zifar*, pero también para los de carne y hueso, ya que las concepciones de este escrito serían nítido reflejo del sentir de las élites armadas, parte del público al que pudo ir destinado, ya que se encarga de plasmar —como lo habían hecho las composiciones épicas— muchas de las facetas de su ideología, de incidir en muchos de los puntos de su sistema de valores, en el que el sentido del honor y las ansias de alcanzar fama perdurable serían fundamentales. Los anhelos caballerescos de obtener fama en base a las destrezas militares, así como el desprecio de la riqueza material frente a ese otro tesoro moral, toman carta de naturaleza en esta obra. Al final de la primera parte, los protagonistas han ascendido económica y socialmente gracias a sus habilidades militares y a la ayuda de Dios. Zifar ha pasado de ser un caballero pobre y errante a convertirse en rey de Mentón, su hijo Garfín, de ser criado por un burgués pasa a ser conde y heredero, y Roboán, el segundo de los hijos, a ser hijo de rey, rodeado de lujos y riquezas. Pero esa situación holgada no satisface a Roboán, que está dispuesto a renunciar a la comodidad de su entorno para ganar honor y fama en base a sus hechos de armas, a partir del uso «*de su cauallería*». Ante esa resolución el padre intenta retenerle, advertirle de los múltiples peligros que se verá obligado a afrontar. Pero Roboán está decidido a arrostrarlos, entiende que las riquezas materiales no proporcionan gloria al hombre⁷⁰. ¿Qué pro le reportaría quedarse en el reino y llevar una vida holgada si no realizase ningún «*bienfecho*»? se preguntaba el infante, considerando que el día que muriese quedaría atrás y en el olvido toda la holgura vivida, sin embargo no la fama, ese tesoro imprecadero y de valor incalculable⁷¹.

el buen fecho que fizo, preguntando commo lo ouo, e bien veran e entenderan que la non gano fuyendo», LCZ, p. 229. Esa «*señal*» no era otra que la herida recibida en el combate, cuya cicatriz mostraría en el futuro a todos el valor y la honra de Garfín, por haberla recibido en la cara, luchando valientemente de frente, y no en la espalda huyendo como cobarde. Es por ello que esa herida debe ser entendida como un auténtico trofeo de guerra y como un tópico caballeresco. En otro punto del relato Zifar instruía a sus hijos en ese sentido con unas gráficas palabras: «*E çertas mejor es resçebir los golpes delante e morir commo bueno, que resçebirlos en otra manera e morir como malo*», *ibidem*, p. 338.

⁷⁰ «*...ca viciosos e lazrados todos han a morir, e non finca al ome en este mundo sy non los buenos fechos que faze, e esto es durable por sienpre*», *LCZ*, p. 258.

⁷¹ «*Çertas el día que yo muriere morra todo el viçio e toda la folgura deste mundo, e non dexarie en pos mi ninguna cosa por que los omes bien dixiesen de mi; ca bien vos digo señor, que la mayor mengua que me semeja que en cauallero puede ser es esta: en se querer tener vicioso e no vsar de caualleria assi como le conuiene*», *LCZ*, p. 258-259. Por otra parte, la trayectoria de Roboán, y sus anhelos, guarda no pocas similitudes con las de los «*iuvenes*» franceses del siglo XII estudiados por DUBY, G., «*Los «jóvenes» en la sociedad aristocrática de la Francia del noroeste en el siglo XII*», *Hombres y Estructuras en la Edad Media*, pp. 132-147 (texto original publicado en *Annales: Economies, Societes, Civilisations*, 19 (5), septiembre-octubre de 1964, pp. 835-846).

Esa situación de inconformismo con lo material caracteriza, según este pasaje, al caballero ideal, quien no debe contentarse con las riquezas mundanas y debe aspirar siempre a otras más valiosas y elevadas, como la fama y la honra, conceptos plenamente relacionados, entrelazados, vinculados, en el ideario del *Zifar*. De manera indirecta, además, el anónimo autor nos ofrecía una definición sintética de lo que para él era la caballería, que sería en este caso, más que una dignidad o categoría social, un estado de ánimo, un afán de superación en base al ejercicio de las destrezas guerreras que caracterizaban al caballero⁷². Por otra parte, la fama y la honra van aquí de la mano, y la honra es difícil de alcanzar, no se compra ni se vende como los bienes materiales, conseguirla exige sacrificios a los que el caballero debe estar dispuesto, «*la honrra*», consideraba Roboán, «*non se da sy non aquel que quiere trabajar por ella*»⁷³, y se alcanza en base al adecuado «*vso de la caualleria*».

LOS MIEDOS

Si se elogiaron tanto virtudes como el valor era porque el miedo estaba muy presente en la vida de los caballeros. Como otras composiciones de la época, el *LCZ* puso de manifiesto que sentían distintos miedos en la

⁷² Podemos entender en este pasaje «*caualleria*» como destrezas militares, valor en el combate o hechos de armas, significación que detectó Jean Flori en los cantares de gesta franceses del siglo XII. Ver para ello FLORI, Jean, «La noción de caballería en los cantares de gesta del siglo XII. Estudio histórico del vocabulario», en CIRLOT, Victoria (coord.), *Epopeya e Historia*, «Colección Nueva Historia», Barcelona, 1985, pp. 119-146 (traducido del original en francés «La notion de chevalerie dans les chansons de geste du XIIe siècle. Etude historique de vocabulaire», *Le Moyen Age*, 1975, pp. 211-244), pp. 122-123. Jean Flori, en otro estudio, amplió esa concepción del significado que de «*caballería*» tendrían los hombres medievales: «*faire chevalerie significa cumplir un acto de guerra a la manera de los caballeros, y la palabra acaba designando sólo los momentos sonados, las cargas gloriosas y heroicas; por lo demás, el término evocará todo un comportamiento considerado digno y conforme a la ética admitida por la caballería en el momento en que ésta, al final del siglo XII y todavía en el siglo XIII, adquiere valor institucional, imponiendo hasta el final de la Edad Media un modelo cultural, el ideal caballeresco*», Ricardo Corazón de León, pp. 297-298, ideas estas que encajan de manera armónica con la concepción que de la «*caualleria*» tuvo nuestro autor.

⁷³ *LCZ*, pp. 258-259. Las opiniones de los compiladores alfonsíes, coetáneos, al igual que don Juan Manuel, del anónimo autor, convergen en este punto con las del *Zifar*. La *Primera Crónica General* (ed. Ramón Menéndez Pidal, con estudio actualizador de Diego Catalán, Madrid, 1977, en adelante *PCG*) recrea unas palabras que Fernán González habría dirigido a sus hombres para convencerlos de la necesidad de entablar una batalla y la inconveniencia de eludirla. Consideraba el conde castellano que los «*buenos fechos nunqua mueren, et siempre es en remebrança el qui los fizo*», y prueba de lo que afirmaba eran las hazañas de grandes hombres como Alejandro, Judas Macabeo, Carlomagno y «*otros muchos buenos uarones, que por los sos fechos granados et buenos que fizieron seran ementados et contados fasta la fin del mundo*», *PCG*, cap. 696, p. 398.

guerra, especialmente en las batallas campales, donde la posibilidad de morir, recibir una herida o ser apresado y deshonrado eran mayores que en los cercos o en las cabalgadas⁷⁴. Para superarlos se realizaban rituales propiciatorios como las misas previas, se proferían gritos de guerra y la figura del líder resultaba trascendental. Debemos entender los gritos de guerra y las arengas como mecanismos utilizados para vencer el miedo y acrecentar el valor en base a la evocación de aquello por lo que, en teoría, se luchaba: la patria, la fe, el honor, la autoridad de un reino o señorío, etc.⁷⁵. En el ataque dirigido por Zifar contra los asediadores de Galapia, el anónimo autor relataba que aquellos guerreros gritaban «*Galapia, por la señora de la villa*», cuando iban lanzados en tromba contra sus enemigos⁷⁶. En la batalla entablada entre Roboán y el sobrino del conde Nasón, ambas huestes profirieron gritos, haciendo mención a sus respectivos señores, los de Roboán «*llamando "Menton por su señor el rey", e ellos llamado "Tures por el conde Nason"*»⁷⁷.

El caudillo, como apuntábamos, era fundamental para dar ánimos a sus hombres antes y durante los combates, para esforzarlos y ayudarlos a imponerse a su miedo natural⁷⁸. Su actitud debía ser decidida y segura, para transmitir la misma decisión y seguridad a los suyos. En este sentido Zifar se nos presenta en el relato como paradigma⁷⁹. En uno de sus

⁷⁴ Sobre los miedos del caballero ver VERBRUGGEN, J. F., *The Art of War in Western Europe during the Middle Ages*, Woodbridge, 1998, p. 44 y ss.; CONTAMINE, Ph., *op. cit.*, pp. 316-326 y MONTEIRO, Joao Gouveia, *A gerra em Portugal nos finais da Idade Media*, Lisboa, 1998, esp. p. 470 y ss.

⁷⁵ Sobre las arengas durante la época medieval véase BLIESE, J. R. E., «Rethoric and Morale: A Study of Battle Orations from the Central Middle Ages», en *Journal of Medieval History*, 15 (1989), pp. 201-226; IDEM, «When Knightly Courage May Fail: Battle Orations in Medieval Europe», en *The Historian*, 53 (1991), pp. 489-504 y ALVIRA CABRER, M., *El Jueves de Muret*, pp. 265-282.

⁷⁶ LCZ, p. 113.

⁷⁷ *ibidem*, p. 230. En la que enfrentó a las tropas de Pandulfa acaudilladas por Roboan contra las del rey de Grimalet, el grito de guerra fue pronunciado por el caudillo. El propio Roboan, y el Caballero Amigo, gritaban, así pues, «*Pandulfa por la ynfanta Seringa, conortando e esforçando a los suyos; ca porque non oyen la boz del ynfante rato auie, andauan desmayados, ca cuydauan que era muerto o preso*», *ibidem*, p. 369.

⁷⁸ VERBRUGGEN, J. F., *op. cit.*, pp.105-107 y 217-221.

⁷⁹ Al preguntar la señora de Galapia a uno de sus hombres por el papel que había jugado Zifar en el combate contra sus cercadores, este respondió que él «*cometiò el real del señor de la hueste muy de rezio e muy sin miedo, conortandonos e dándonos muy grant esfuerço para fazer lo mejor. E señora, non me semeja que palabra de ningunt ome tan virtuosa fue del mundo para conortar e para esforçar a su gente como la de aqueste cauallero*», LCZ, pp. 120-121. En otra ocasión, narraba el autor, uno de los caballeros que bajo mando de Zifar habían salido de Mentón para enfrentarse con las tropas del rey de Ester, relataba al rey de Mentón las excelencias de aquel caballero extraño que se había convertido en su caudillo. Destacaba por una parte sus destrezas guerreras, lo apuesto que era en el cabalgar y lo bien que empleaba las armas, y por otra, lo bien que había esforzado a la gente en aquel combate,

consejos recomendaba a sus hijos que se mostrasen fuertes y «*de grant coraçon*» en las situaciones adversas, para esforzar a sus hombres y atemorizar a los enemigos, porque el miedo en muchas ocasiones podía llevar al hombre «*flaco de coraçon*» a graves peligros, haciéndole abandonar lo que comenzó y cayendo en vergüenza antes de tiempo. En la batalla, la más peligrosa de las operaciones, una de las maneras de superarlo, era llevar la iniciativa en el ataque, no esperar a que el enemigo atacara primero, como el rey de Mentón aconsejaba hacer a sus hijos⁸⁰. Más adelante Roboan demostró que había tomado buena nota del consejo de su padre⁸¹.

EL EQUIPO MILITAR, SEÑA DE IDENTIDAD DEL CABALLERO

Aparte de las virtudes, los defectos, los miedos, hubo otros aspectos definitorios del caballero y su ideología, entre los que destaca, precisamente, su preciado y pesado equipo militar, muy costoso y por tanto inasequible a la mayoría de los individuos integrados en las sociedades feudales⁸². Elemento de prestigio, junto al caballo⁸³, el armamento defensivo y ofen-

«*ca quando vna palabra nos dezia semejavamos que esfuerço de Dios era verdaderamente*», es más —continuaba el caballero—, «*que en lugares nos fizo entrar con el su esfuerço que sy yo dos mill aualleros touiese, non mas atreuerme ya a entrar y*», LCZ, p. 191

⁸⁰ «*quando acaeciesen en una lid canpal, que non quesiesen que los enemigos acometiesen a ellos primeramente, mas que ellos acometiesen a los otros, e el miedo que los otros les auian de poner, que ellos que lo posiesen a los otros; ca ciertamente en mayor miedo estan los acometidos que non los acometedores, que vienen de raiudadamente e con grant esfuerço contra ellos*», LCZ, p. 228.

⁸¹ Ante la inminencia de un enfrentamiento contra los guerreros del conde Nasón, recomendó a sus caballeros hacer precisamente lo que su padre le había aconsejado, llevar la iniciativa en el ataque, para de esa manera superar sus propios miedos y transmitírselos a los enemigos «*Amigos, los miedos partidos son, segunt me semeja, e vayámoslos acometer, que non ha çinco dias que me castigaron que el miedo que los enemigos nos auian a poner en acometiéndonos, que gelo posiesemos nos primero feríendolos muy de raiudadamente e syn dubda*», *Ibidem*, p. 230.

⁸² Véase AYTON, Andrew, «Arms, armour and horses», en *Medieval Warfare, a History*, ed. by Maurice KEEN, Oxford University Press, 1999, pp. 186-208. Sobre el armamento del caballero medieval puede consultarse, además, OAKESHOTT, R. E., *The Archaeology of Weapons. Arms and Armour from Prehistory to the Age of Chivalry*, Londres, 1960, esp. pp. 175 y ss.; BUTTIN, F., «La lance et l'arret de cuirasse», en *Archaeologia*, 99 (1965), pp. 77-178; PEIRCE, I., «The Knight, his Arms and Armour, c. 1150-1250», en *Anglo-Norman Studies*, 15 (1992), pp. 251-274; NICOLLE, D. C., *Arms and Armour of the Crusading Era, 1050-1350*, 2 vols., Nueva York, 1988. Para nuestro contexto ver PÉREZ DE TUDELA, M.^a I., *pp. cit., passim*, y SOLER DEL CAMPO, Álvaro, *La evolución del armamento medieval en el reino castellano-leonés y al-Andalus (siglos XII-XIV)*, Madrid, 1993.

⁸³ Claude GAIER considera que los dos elementos esenciales que caracterizan al caballero medieval son precisamente la armadura y el caballo, ver «La cavalerie lourde...», *cit.*, p. 300. Ver también MORETA VELAYOS, S., «El caballero...», *cit.*, pp. 9 y ss.

sivo distinguía claramente a los caballeros del resto de combatientes en el campo de batalla, y, a partir del siglo XI, también del resto de la sociedad⁸⁴. Los distintos escritores —cronistas, tratadistas, poetas— medievales fijaron poderosamente su atención en las armas y armaduras caballerescas, que debían rodear a su poseedor de un aura de invulnerabilidad y carisma, y las convirtieron en símbolo de la caballería. Del mismo modo, a lo largo del relato imaginario del *Zifar* van apareciendo una serie de armas muy reales en la época, pero empleadas para diferenciar a los caballeros del resto de combatientes. Por otra parte, aunque las tramas pudieran ser ficticias, no lo sería así el armamento, que pertenecía a la realidad de la época del autor, al igual que ocurría en los imaginarios relatos de las gestas épicas. Aparte de los propios elementos del equipo, algunas costumbres relacionadas con ellos adquieren un alto grado de realismo⁸⁵.

Pero ¿en que consistía exactamente el equipo del caballero? El elemento más importante era el caballo⁸⁶, animal indispensable para hacerse

⁸⁴ RUIZ DOMÉNEC, J. E., «L'idea della cavalleria medievale...», cit., p. 348.

⁸⁵ Nuestra composición literaria e imaginaria se hizo eco, por ejemplo, de lo que había sido una realidad jurídica, constituyendo una prueba de la «veracidad» que en algunos puntos alcanza. Al ser cercada la señora de Galapia por sus enemigos, llamó al caballero Zifar para que acaudillara a sus huestes en la defensa de la villa. El caballero, pobre como era, no disponía de equipo militar para encarar lo que iba a ser un combate contra los cercadores, por lo que solicitó armas a la señora de la villa. Esta le ofreció las de su difunto marido y Zifar aseguró que no las quería dadas, sino prestadas, «*ca heredamiento es de vuestro fijo, e poren-de vos non lo podedes dar a ninguno*», LCZ, p. 109. Esta costumbre fue contemplada por el derecho foral hispano, que establecía que el hijo del caballero debía heredar su equipo militar a la muerte de este. Ver HINOJOSA, *El elemento germánico en el Derecho Español*, Madrid, 1915, p. 22, citado por PESCADOR DEL HOYO, Carmela, «La caballería popular en León y Castilla», en *Cuadernos de Historia de España*, XXXVI (1962), pp. 56-201, pp. 76-77.

⁸⁶ Sobre la razón de ser de la relación entre caballo y caballero Ramón Llull nos dejó unas bellísimas palabras: «*Se buscó entre todas las bestias la más bella, la más veloz y capaz de soportar mayor trabajo, la más conveniente para servir al hombre. Y como el caballo es el animal más noble y más conveniente para servir al hombre, por eso fue escogido el caballo entre todos los animales y dado al hombre que fue escogido entre mil hombres; y por eso aquel hombre se llama caballero*»; LLULL, Ramón, *Libro de la Orden de Caballería*, nota preliminar y traducción de Luis Alberto de Cuenca, Madrid, 2000, I, 3, pp. 25-26. Sobre los caballos de guerra en la Edad Media véase PÉREZ DE TUDELA, M.^a I., *op. cit.*, *passim*; DAVIS, R. C. H., *The Medieval Warhorse: Origin, Development and Redevelopment*, Londres, 1989; IDEM, «The Medieval Warhorse», en THOMPSON, F. M. L. (ed.), *Horses in European Economic History*, Londres, 1983; BACHRACH, Bernard S., «Animals and Warfare in Early Medieval Europe», en *Settimane di Studio del Centro Italiano di Studi Sull'Alto Medioevo*, 31 (1985), tomo I, pp. 707-751; IDEM, «*Caballus et Caballarius* in Medieval Warfare», en *The Study of Chivalry: Resources and Approaches*, CHICKERING, Howell and SEILER, Thomas B. (eds.), Kalamazoo, 1988, pp. 173-211; AYTON, Andrew, «Arms, armour and horses», art. Cit., *passim*; BENNETT, Matthew, «The Medieval Warhorse Reconsidered», en *Medieval Knighthood. Papers from the Sixth Strawberry Hill Conference (1994)*, ed. by CHURCH, S. and HARVEY, R., Woodbridge, 1995, pp. 19-40, y HYLAND, Ann, *The Medieval Warhorse from Byzantium to the Crusades*, Stroud, 1994, esp. capítulos 5 y 8.

acreedor de la dignidad caballeresca, motivo de los desvelos del protagonista, por su extraña maldición, lo que le llevaba a pasar por más de una situación vergonzosa, porque era caballero sin caballo y tenía que entrar en las villas y ciudades a pie. Además, el caballero contaba con una panoplia de armas ofensivas y defensivas que la composición detalla al narrar algunos de los combates singulares. No solo menciona esas armas, sino que en ocasiones describe la función específica que cumplían, algo que no siempre aparece detallado en otros escritos⁸⁷. Capellina, bacinete, almófar serían partes de la armadura destinadas a proteger la cabeza de golpes y cortes, pues era precisamente esa parte del cuerpo muy vulnerable a los tajos de espada⁸⁸. La gorguera era una pieza que en una ocasión le salvó a Roboán de perder los dientes de un mandoble de espada que le asestó el sobrino del conde Nasón⁸⁹. Pero ese equipo tan completo, que tanta protección proporcionaba al caballero, tenía en su pesadez un grave inconveniente, ya que restaba bastante agilidad al guerrero acorazado, que si caía al suelo tenía que recibir la ayuda de un compañero para ponerse de nuevo en pie y proseguir el combate. En uno de sus «castigos», el rey de Mentón recomendaba a sus hijos ayudar a sus hombres en esa situación comprometida⁹⁰.

PIEDAD, RELIGIOSIDAD: LA VERTIENTE CRISTIANA DE LA CABALLERÍA

Durante la Edad Media, la Iglesia cambió progresivamente sus concepciones sobre la guerra y el papel del guerrero en la sociedad. Del pacifismo inicial, de las primitivas condenas al fenómeno bélico, de con-

⁸⁷ Al recrear un combate de Zifar contra uno de los hijos del rey de Ester, el autor enumera una serie de armas ofensivas y defensivas que son empleadas en ese duelo. Como en la mayoría de los combates singulares, los primeros golpes son de lanza, hasta que estas se rompen y se recurre a las espadas. A partir del empleo de la espada, nos interesa el relato por las descripciones que ofrece de distintas armas y armaduras, así como su función «*E el cauallero Zifar veyendo que se non podian enpesçer por las guarniçiones que tenían muy buenas e muy fuertes metio mano a una misericordia que traya e llegose al fijo del rey e pusole el braço al cuello e baxole contra sy, ca era muy valiente, e cortole las correas de la capellina e vn bacinete que tenia so ella, a tirogelas e començolo a ferir en la cabeça de muy grandes golpes con la misericordia sobrel almofa, fasta que se despuntó la misericordia. E metio mano a una maça que tenie e diole tantos golpes en la cabeça fasta que lo mató*», LCZ, p. 181.

⁸⁸ STRICKLAND, M., *War and Chivalry*, p. 171.

⁸⁹ Al relatar el caballero Amigo a Garfín como había sido la herida propinada a su hermano, le decía que «*e bien creed que sy non por la gorguera que tenia alta, que ouiera a perder los dientes*», LCZ, p. 232.

⁹⁰ «*...a los que vierdes que son acostados para caer, ayudadlos a endresçar, ca los que cayeren, ayudadlos a leuantar; ca a vos mismos ayudaredes; ca los armados quando caen no se pueden leuantar de ligero, sy otros non los ayudan. E asy lo mandat a todos los vuestros que fagan vnos a otros*», *ibidem*, p. 339.

siderar homicidas a los guerreros que mataban en campaña⁹¹, se pasó a la sacralización de determinados combates y combatientes que cristalizó en la cristianización de la caballería y en la elaboración del concepto de «guerra santa», alusivo a las cruzadas y a otros conflictos emprendidos contra los enemigos de la fe y sancionados por las instituciones eclesiásticas. Nos interesa aproximarnos a una de las facetas de ese fenómeno complejo, el de la cristianización de la caballería. Y es que, especialmente a partir del siglo XI, los autores clericales crearon en sus escritos, reflejo de su propia mentalidad, modelos ideales de conducta caballeresca en los que la piedad era una de las cualidades más alabadas y destacadas. La piedad pasó a convertirse en una virtud caballeresca más, y en una de las muestras más evidentes del hecho de que la cristianización del orden de los «bellatores» cuajó, no solo en el ideario eclesiástico, sino también en el caballeresco⁹². El *LCZ*, compuesto en un momento en el que el proceso aludido estaba plenamente consolidado, refleja esa faceta cristiana de la caballería. Los rituales de investidura de armas relatados están impregnados de ese espíritu sacramental que caracterizó a unos ceremoniales que se celebraban en espacios sagrados y en los que los eclesiásticos actuaban como protagonistas⁹³. La piedad de los caballeros

⁹¹ Sobre la paulatina relajación de la condena de homicidio a los guerreros que mataran en la guerra, que tuvo lugar a lo largo de los siglos X y XI, ver BACHRACH, David S., *Religion and the Conduct of War, c. 300-1215*, Woodbridge, 2003, pp. 98-106.

⁹² Sobre la influencia de la Iglesia en la caballería y en las concepciones de la guerra la bibliografía es muy extensa, ya que este complejo tema tiene múltiples facetas y ramificaciones. Pueden consultarse, entre otros, los siguientes trabajos: ERDMANN, Carl, *The Origin of the Idea of Crusade*, Princeton, 1977; KEEN, M.: *op. cit.*, pp. 67-91; FLORI, J., *L'essor de la chevalerie, passim*; ídem: *Caballeros y caballería*, pp. 179-232; IDEM, *La guerra santa. La formación de la idea de cruzada en el Occidente cristiano*, Granada, 2003, *passim*; STRICKLAND, M., *War and Chivalry*, pp. 55-97; KAEUPER, R. W., *op. cit.*, pp. 43-88; BACHRACH, David S., *op. cit.*, *passim*; GARCÍA FITZ, F., *La Edad Media. Guerra e Ideología. Justificaciones religiosas y jurídicas*, Madrid, 2003.

⁹³ En la investidura caballeresca de Roboan las alusiones a Dios son numerosas. Una de las fases de la misma, la velada, se celebra en una iglesia, y un arzobispo bendice el rito, en *LCZ*, pp. 396-399. Sobre el ceremonial de investidura en la Edad Media ver FLORI, Jean, «Semantique et société médiévale. Le verbe adouber et son evolution au XII^e siècle», en *Annales ESC*, 32 (1976), pp. 915-940; IDEM, «Chevalerie et liturgie: remise des armes et vocabulaire chevaleresque dans les sources liturgiques du IX^e au XIV^e siècle», en *Le Moyen Age*, 84 (1978), pp. 247-278 y ¾, pp. 409-442; ídem: «Les origines de l'adoubement chevaleresque. Etude des remises d'armes et du vocabulaire qui les exprime dans les sources historiques latines jusqu'au début du XIII^e siècle», en *Traditio*, 35 (1979), pp. 209-272; ídem: «Pour une histoire de la chevalerie: l'adoubement chez Chrétien de Troyes», en *Romania*, 100 (1979), pp. 21-53; IDEM, «De nouveau sur l'adoubement des chevaliers (XI^e-XII^e siècles)», en *Le Moyen Age*, 91 (1985), pp. 201-226; IDEM, *L'idéologie du glaive: Préhistoire de la chevalerie*, Ginebra, 1983; IDEM, *L'essor de la chevalerie*, pp. 330 y ss.; ídem: *La chevalerie en France au Moyen Age*, París, 1995, pp. 74-87; BARBERO, Alexandro, *La aristocrazia nella società francese del medioevo*, Bolonia, 1987, pp. 70-85; KEEN, Maurice, *La Caballería*,

será valorada de manera positiva en la composición, recibiendo uno de ellos, Zifar, el significativo sobrenombre de «Caballero de Dios», ya que Este parecía favorecerle en todos sus hechos, eso sí, por actuar de manera ejemplar y respetar las leyes cristianas, divinas y humanas. Dios aparece en la obra como principio rector de todas las cosas, la suerte de los combates es decidida por Él, que premia o castiga en función de la defensa de una causa justa o ilegítima, que otorga el triunfo a aquellos que defienden la verdad y el derecho y castiga con la derrota a los que contravienen esos principios⁹⁴. Por ello los protagonistas, aparte de defender causas legítimas, procuran siempre agradar a Dios, y desarrollan una serie de rituales religiosos antes de cada batalla, liturgias que son otra de las muestras evidentes de la piedad y de la cristianización de la caballería.

En el cerco de Galapia, Zifar, tras dar una serie de instrucciones a los guerreros y ordenarles descansar para el combate que tendría lugar contra los cercadores, se fue a la iglesia para pedir al clérigo que al día siguiente, antes de maitines, acudiese a la plaza, «*e que armase su altar para dezir la misa*». Ese día, congregados los guerreros en la plaza de la villa, el clérigo dijo la misa, «*de manera que todos vieron el cuerpo de Dios e se acomendaron a el*»⁹⁵. En otra ocasión, durante la cabalgada que los hombres de Roboan realizaron por las tierras del conde Nasón, la reducida hueste vio aproximarse al enemigo. Situados en un montecillo, lo primero que Roboan deseó hacer en aquel momento de apremio fue oír misa, ritual litúrgico desarrollado por las huestes medievales desde fechas tempranas y uno de los argumentos de esa cristianización caballeresca⁹⁶.

Dios, a los ojos del anónimo autor, estaba por encima de todo en la vida de los caballeros. En otra ocasión, habiendo sufrido la hueste del emperador Roboan un serio descalabro frente a los reyes rebeldes, deci-

pp. 92-114; BARTHÉLEMY, D., «Qu'est-ce que la chevalerie...», p. 52 y ss. Para el fenómeno en el reino de Castilla ver MARTÍNEZ RUIZ, Bernabé, «La investidura de armas en Castilla», en *Cuadernos de Historia de España*, 1-2 (1944), pp. 190-221; PORRO GIRALDI, Nelly Raquel, *La investidura de armas en Castilla del Rey Sabio a los Católicos*, Valladolid, 1998, donde reciben amplio tratamiento las investiduras que aparecen en el *LCZ*. Sobre las investiduras de algunos reyes hispánicos ver PALACIOS MARTÍN, Bonifacio, «La investidura de armas de los reyes españoles en los siglos XII y XIII», en *Gladius*, XXVI (1988), pp. 153-192.

⁹⁴ El tratamiento que de la noción de «*guerra justa*» en el *LCZ* hace CUESTA TORRE, M.ª L., «Ética de la guerra», nos exime de profundizar en esta cuestión.

⁹⁵ *LCZ*, pp. 112-113.

⁹⁶ «*Amigos*», dixo Roboan, «*podremos oyr misa en este campo ante que lleguen aquellos caalleros? Ca en todos los nuestros fechos deuemos anteponer a Dios*», *LCZ*, pp. 229-230. Sobre la misa y otras liturgias en el campo de batalla véanse las interesantes reflexiones y exhaustivo análisis de ALVIRA CABRER, M., *12 de Septiembre. El Jueves de Muret*, Barcelona, 2003, esp. el capítulo I de la Tercera Parte, titulado «Batalla y Liturgia», y más concretamente pp. 229-282. Véase también BACHRACH, David S., *op. cit.*, *passim*.

dió replegarse y dar descanso a sus hombres para replantear el combate. Durante la noche, el propio emperador, mostrándose piadoso y abatido, imploraba a Dios mediante la oración su ayuda para la reanudación de la batalla que tendría lugar al día siguiente⁹⁷. En su súplica, Roboan llegaba a la conclusión de que había sido un pecador, la muerte de tantos hombres suyos era una prueba irrefutable de ello, y por esta razón solicitaba humildemente el perdón divino. En ese trance le habló una voz que le aseguró —en un párrafo que repite la palabra «Dios» cinco veces— que el Altísimo estaría con él y le ayudaría, que debería concurrir al combate con un estandarte que le había entregado la «*Señora del Parresçer, que fezieron las syete donzellas santas*». Al día siguiente el emperador ordenó que le llevaran «*aquella arca do estaua el pendon, muy bien guardado entre muchas reliquias*» —un reflejo más de la cristianización aludida, el traslado de reliquias a las batallas⁹⁸—, y al abrirla y sacar el pendón cayó de rodillas «*con grant deuocion, llorando de los oios*»⁹⁹, pues tenía claro, por la voz que le había hablado, que aquel era un objeto sagrado que habían labrado siete doncellas puras y castas. Blandiéndolo, aseguró a sus hombres que en esta ocasión la dicha sería buena, que antes habían sido derrotados por sus pecados, pero que ahora, afirmaba, «*Nuestro Señor Dios auiedo de nos piedat, commo señor po-*

⁹⁷ «E el enperador se leuanto a la media noche, e apartose de la su gente, e començo a fazer oración, pidiendo merçed a Dios que sy en alguna cosa le errara, quel quisiese perdonar, e sy entendia que no era para el aquel lugar, que leuase a el do touiese por bien, e que pusi y otro que lo mejor mereciera», LCZ, p.444.

⁹⁸ Contamos con algunos ejemplos de la costumbre de transportar arcas llenas de reliquias a las batallas en época plenomedieval. El autor de la *CAI* nos dejó una preciosa descripción sobre una práctica de Alfonso el Batallador: «El rey de Aragón siempre tenía consigo en campaña un cofre hecho de oro puro adornado con piedras preciosas por dentro y por fuera, en el que había una cruz venerable por las reliquias del madero salvador en el que fue colgado nuestro señor Jesucristo, hijo de Dios, para redimirnos. Lo había robado en tiempos de guerra del templo de los santos mártires Facundo y Primitivo (...). Y tenía igualmente otras arquetas de marfil cubiertas de oro, plata y piedras preciosas, llenas de reliquias de Santa María y del madero del Señor, de apóstoles, mártires y confesores, de vírgenes, patriarcas y profetas. Eran guardadas en las tiendas de campaña donde estaba la capilla que siempre estaba situada junto a las tiendas del rey, y los sacerdotes, diáconos y gran parte de los clérigos diariamente las vigilaban y custodiaban, y siempre ofrecían sobre ellas el sacrificio a Dios Nuestro Señor», Libro I, ep. 52, de la trad. de Maurilio Pérez. El Batallador no haría sino continuar una tradición inaugurada por otros reyes aragoneses, como Pedro I, quien hizo llevar el cuerpo de San Victoriano al asedio de Huesca, ver *HRH*, Libro VI, cap. I. También es conocido el *carroccio*, un carro de reliquias que las milicias italianas llevaban a sus combates, ver BACHRACH, David S., *op. cit.*, p. 94 y 170-171; ERDMANN, Carl, *op. cit.*, pp. 53-56, y STRICKLAND, M., *War and Chivalry*, p. 65.

⁹⁹ Devoción como la que el aludido Alfonso el Batallador demostró, según otro cronista claramente desfavorable a él, al inclinarse sobre el «*Lignum Crucis*», la más importante de las reliquias que robó, ver *Crónicas Anónimas de Sahagún*, edición crítica, notas e índices por Antonio UBIETO ARTETA, Zaragoza, 1987, p. 52.

deroso non tenia por bien que fincasemos asy desconortados, e mando que vayamos a ellos, ca non nos esperan». No solo prometió Dios a Roboán que le ayudaría en el combate, sino que le «mandó» que lo ejecutase, por lo que fue una batalla sancionada por la divinidad, una conflagración sacralizada. La ayuda divina se materializó en la batalla y se dio el milagro, ya que de los de Roboán «ninguno non fue alli ferido nin llagado de la otra parte», a pesar de que los enemigos eran bastante superiores en número y contaban con muy buenos caballeros. Es por ello que el emperador y sus hombres, «*touieron que esto fuera miraglo de Dios*», de «*Nuestro Señor*», que «*paró mientes*» en «*la bondad del emperador*» y en «*las grandes merçedes que auie fecho en el*», y por eso, «*touo por bien de lo guardar en su honrra e que los otros fuesen vençidos e el vençedor*»¹⁰⁰.

Esta historia era un sermón dirigido por el autor a gobernantes y caballeros, una lección edificante de las muchas que podemos encontrar en el LCZ y en otras composiciones anteriores. La moraleja estaba clara: la omnipotencia de Dios se manifestaba en todas las esferas de la vida, y también en la guerra, por ello, la actitud de los guerreros y emperadores debía ser de absoluta humildad y sumisión al Creador, que premiaba a los justos, a los piadosos. Si uno no se apartaba del recto camino de la fe no tenía por que temer, ya que Dios siempre estaría a su lado. Cualquier poder terrenal, por potente que fuese, nada tenía que hacer ante la potestad divina, e ir en contra de Dios y los principios por Él representados sería un grave error¹⁰¹. Por otra parte, esa ayuda que la divinidad concedía en los combates era agradecida no solo con plegarias, sino también mediante donaciones a instituciones eclesiásticas. La donación, tras o antes de las campañas militares exitosas, fue una práctica generalizada en la Europa de la Plena Edad Media, como han puesto de manifiesto algunos investigadores¹⁰². También nuestra ficticia obra ofrece ejemplos de tal uso, que debemos entender e interpretar como una manifestación más de la piedad caballeresca. Zifar, tras alcanzar el título de rey de Mentón, fomentó la construcción de un monasterio, sin que el éxito le hiciese olvidar la promesa que había hecho a aquel ermitaño que encontró cuando

¹⁰⁰ LCZ, pp. 444-445.

¹⁰¹ «...ca grand locura e mengua de entendimiento serie en querer ninguno, por poderoso que fuese en este mundo, pararse contra el poder de Dios, que es sobre todos los poderosos», *ibidem*, p. 445.

¹⁰² Véase por ejemplo HARPER-BILL, C., «The Piety of Anglo-Norman Knightly Class», en R. A. BROWN (ed.), *Proceedings of the Battle Conference on Anglo-Norman Studies*, II, 1979, Suffolk, 1980, pp. 63-77; STRICKLAND, M., *War and Chivalry*, p. 60, y BOUCHARD, C. B., *op. cit.*, pp. 159 y ss. En el mundo castellano-leonés de los ss. XII-XIII hay varios ejemplos de esa práctica que sería prolijo enumerar.

la fortuna le era adversa¹⁰³. Su hijo Roboán, ya emperador, tras sofocar un episodio de rebeldía, se mostrará sobradamente espléndido con las instituciones eclesiásticas de su señorío¹⁰⁴.

EL REY Y EL CABALLERO: TRAICIÓN Y REBELDÍA, EL PEOR DELITO

En el mundo castellano-leonés de la Plena Edad Media la realeza fue generalmente poderosa y tuvo capacidad para acabar imponiendo su criterio a la nobleza. Sin embargo pocos reyes escaparon a la traición y la rebeldía, lo que sirvió para, a través de su ideología, definir sus relaciones con la caballería (nobleza feudal), para teorizar en este sentido sobre lo que entendían debían ser caballeros modélicos, influyendo al final esas concepciones regias en el «*ethos*» caballeresco, y siendo precisamente traición y rebeldía aspectos centrales en esas consideraciones¹⁰⁵. Las imágenes que el *LCZ* nos transmite en este sentido son, como en otros puntos, producto de un largo proceso evolutivo y teorizador, de antagonismo y/o, entendimiento entre los dos poderes rectores de la sociedad, el rey y los caballeros.

Un diálogo entre el protagonista, el rey de Menton, y uno de sus enemigos al que ha conseguido vencer, el conde Nason, ilustra a la perfección la consideración que en la época de redacción del libro se tenía sobre el más grave delito, el mayor atentado que un vasallo podía perpetrar contra su señor, la traición¹⁰⁶. La traición del conde había consis-

¹⁰³ La figura del ermitaño abunda en la literatura caballeresca europea y suele aparecer como nexo de unión entre Dios y el caballero. En el *Poema de Fernán González*, por ejemplo, es un ermitaño llamado Pelayo el que asegura al conde que Dios le concederá la victoria en sus campañas, al tiempo que le insta a no olvidarse del pobre cenobio en el que él y unos pocos monjes viven en la pobreza, ver estrofas 226-250, pp. 92-95. En este caso parece clara la conexión entre la épica castellana y el *Zifar*. Sobre la figura del ermitaño en la literatura caballeresca medieval ver, por ejemplo, KAEUPER, R., *op. cit.*, pp. 57-62.

¹⁰⁴ El emperador, narra el autor, «*era muy catolico en oyr sus oras con deuocion e syn burla ninguna, e en fazer muchas gracias a las eglesias, dotándolas de villas e de castiellos, e guarneciéndolas de nobles ornamentos*». Entre todas las virtudes que poseía el emperador, proseguía en su relato, una de las más notables era ser benefactor y protector de las iglesias, *LCZ*, pp. 451-452.

¹⁰⁵ Pero no las únicas. Las relaciones entre realeza y caballería son multifacéticas, de tal manera que mediante su análisis puede constatar que los reyes influyeron en el «*ethos*» de los caballeros de la misma manera que estos lo hicieron en el ideario de aquellos. El *Zifar* proporciona no pocos ejemplos de ese fenómeno, siendo uno de ellos el carácter caballeresco de los buenos gobernantes, reyes y emperadores, que aparecen en el relato, lo que es, de nuevo, reflejo de una realidad plenomedieval, en la que muchos reyes, especialmente a partir de Alfonso VIII, fueron o quisieron ser, además, caballeros. Nuestro autor llegó aun más lejos y consideró que esa condición caballeresca de los soberanos era imprescindible para el buen gobierno, consiguiendo una síntesis articulada de la compleja figura del rey caballero en base al aprovechamiento de ideas que se habían ido formulando en un proceso lento pero firme.

¹⁰⁶ *LCZ*, p. 234 y ss. Sobre la traición y la rebeldía, así como acerca del trato dado por los gobernantes a los caballeros rebeldes, ver STRICKLAND, M., *War and Chivalry*, pp. 230-257.

tido en sublevarse contra su señor y hacerle la guerra «*sin derecho*», sin haberse desnaturalado previamente de él ni haberle desafiado. A Nasón, por ello, ya no tendrían por que servirle sus vasallos, ya que «*a traydor non deuen guardar omenage aquellos que lo fezieron*»¹⁰⁷. Zifar, rey de Mentón, hablaba al conde sobre la traición. En ese largo pasaje, no se considera traidor únicamente al primer agente de la misma, sino al entrado vasallático dependiente de él. Al igual que los cronistas alfonsíes entendieron que eran traidores los zamoranos por proteger y dar refugio a Bellido Dolfos¹⁰⁸, el autor del Zifar consideró traidores a todos aquellos que de alguna manera apoyaron al conde Nasón en su rebeldía. También ilumina sobre las consecuencias que la rebeldía podía tener para el traidor que la llevaba a efecto, siendo una la legitimidad de sus vasallos para romper los lazos de vinculación personal, como expresaba gráficamente el rey de Mentón en su diálogo con el conde¹⁰⁹. No limitaba ahí Zifar su concepción de la traición, acto seguido argumentaba que traidores eran también los que hacían homenaje a un traidor sabiendo que había incurrido en esa falta, y comparaba tal situación con la del excomulgado, con el que nadie debía tener contacto, porque lo contrario significaba caer también en sentencia de excomunió¹¹⁰.

Tras exponer las distintas formas por razón de las cuales un vasallo era considerado traidor, por obra o servicio, Zifar esbozó una larga explicación de lo que entendía por traición. Mediante una serie de símiles muy gráficos, el autor ponía en boca del rey de Mentón que el traidor era como la culebra, que nunca anda derecha sino torcida, como el perro rabioso que no muerde «*de derecho, synon de trauioso*», como el cerdo, que prefiere

¹⁰⁷ LCZ, p. 235.

¹⁰⁸ Las palabras de Diego Ordóñez a Arias Gonzalo ante los muros de Zamora sintetizan esa idea, dentro de una historia —la del cerco de Zamora y Bellido Dolfos— fundamental para comprender las concepciones y la teorización que de la traición tuvieron y desarrollaron los compiladores alfonsíes y el propio Rey Sabio: «*Los castellanos han perdido su señor, et matol el traydor Vellid Adolfo seyendo su uassallo, et despues que fizo esta traición, uos cogiestele en Çamora. Et digo por ende que es traydor el, et traydor el qui lo tiene consigo, si el sabie dantes de la traycion o gela consintió o si uedargela pudo*», PCG, cap. 893, p. 513. Esa preocupación alfonsí por definir la traición se plasmó también en su obra jurídica, especialmente en las *Partidas*.

¹⁰⁹ «*e mientra duro en la lealtad tenudos fueron de guardar el omenage; mas desde que cayo en la traición, por quitos son dados de Dios e de los omes del omenage; ca non gelo deuian guardar en ninguna manera, commo aquel que non es par de otro ome por de pequeño estado que sea; ca lo pueden desechar en qualquier juyzio que quieran entrar con el para razonar o para lidiar*», LCZ, p. 235.

¹¹⁰ «*E aquellos que fazen omenage a traydor a sabiendas, sabiendo que cayo en traición, o oyéndolo, el non mostrando que se saluara ende, non lo deuieran resçebir por señor; mas deuieranle esquiuar commo a traydor o manzellado de fama de traydor. Pues purgado non era de la infamia e le fezieron omenage, cayeron en el pecado de traición asy commo aquel que la fizo*», *ibid.*

bañarse en aguas pútridas antes que en las limpias, como la mosca —«*la mas vil cosa del mundo*»— que prefiere atiborrarse de la carne más podrida que puede encontrar antes que comerla fresca. El traidor, continuaba, daba la espalda a la verdad, la lealtad y la buena fama, «*que es tan clara commo buen espejo*», prefiriendo ganar infamia, cosa «*aborresçida de Dios e de los omes*». La traición debía ser evitada por los hombres a toda costa, por las funestas consecuencias que tenía para ellos, sus parientes y semejantes, que irremediablemente acababan sufriendolas¹¹¹.

Como no podía ser de otra manera, el castigo decretado para el conde por el delito cometido es extremo y ejemplar, una de las muestras más espectaculares de lo que Cacho Blecua ha definido como «*pértiga educadora*» del *Zifar*¹¹². No será la única vez en la que un señor castiga de manera severa a un vasallo traidor. El emperador Roboan decapitó al conde Faran por el mismo delito, por haber instigado y organizado una coalición de reyes y condes rebeldes en su contra¹¹³. La pena impuesta tenía un carácter ejemplarizante y disuasorio para todos aquellos que pretendieran imitar la conducta de ese conde, tanto por instigación como por acción¹¹⁴.

* * *

¹¹¹ «*Onde sy los omes quiesieren parar mientes a saber que cosa es traición, fuyrian della commo de gafedat; ca bien asy commo la gafedat encona e gafeçe fasta quarta generación descendiendo por la liña derecha, asy la traición del que la faze manziella a los que del descenden, fasta quarto grado; ca los llamarian hijos e nietos e visnietos de traición, e pierden onrra entre los omes, e non los reciben en los oficios, saluo sy el señor los diere por quitos de aquella infamia a los que descenden del traydor, porque puedan auer oficios de la su tierra. E por ende deuen todos fuyr del asy commo de gafo e de cosa enconada, e los parientes, por çercanos que sean, deuen lo negar e decir que non es su pariente nin de su sangre, e deuen fuyr del los sus vasallos otrosy, que non es su señor*», LCZ, pp. 236-237.

¹¹² CACHO BLECUA, J. M., «La crueldad del castigo: el ajusticiamiento del traidor y la «pértiga» educadora en el *Libro del Caballero Zifar*», en *Aragón en la Edad Media. IV Seminario de Historia Medieval: Violencia y Conflictividad en la sociedad de la España Bajomedieval*, Zaragoza, 1995, pp. 59-89, con un listado bibliográfico final sobre estas cuestiones (en pp. 84-89) digno de ser valorado. Tras ser considerado traidor, el rey ordena que le saquen al conde rebelde la lengua por el pescuezo, por las palabras injuriosas que pronunció contra su señor, que fuera decapitado y quemado, para que ninguna alimaña quedara infestada al comer su carne. Las cenizas del traidor serían lanzadas a un lago situado en los confines del reino de Mentón, un lago sulfuroso donde nunca hubo nada de vida, un lugar que fue maldito por Dios y al que fue arrojado un bisabuelo del propio conde por haber también cometido el delito de traición contra su rey, LCZ, pp. 238-239.

¹¹³ «*E mando le tajar la cabeça commo aquel que lo meresçio queriendo desheredar a su señor, consejando a los de su señorío que se alçusen e le feziessen guerra*», LCZ, p. 447.

¹¹⁴ Ya que, consideraba, «*esta pena merece el que mal consejo da, commo el que faze mal por consejo de otre*», *Ibid.*

Con lo estudiado hasta aquí, podemos considerar que el *Libro del Caballero Zifar*, pese a relatar episodios ficticios, es una rica fuente para el estudio de las concepciones que sobre la guerra y la caballería hubo en la Castilla de finales del siglo XIII y principios del XIV. Obra inmersa en una atmósfera caballeresca, nos permite analizar algunas de las motivaciones, aspiraciones, virtudes, defectos, de las élites armadas, su tan definitorio «ethos». Las percepciones del autor de la composición encajan en muchos puntos con las que habían tenido y reflejado los creadores de gestas épicas, crónicas y tratados, para quienes los caballeros lo eran en función de unos principios, un código ético, un sistema de valores distintivos. En las figuraciones de esta extraña composición literaria encontramos, en definitiva, una ventana abierta a la que asomarnos para conocer mejor el complejo fenómeno de la caballería en la Edad Media castellana.